

Año XXXIII

Madrid, Jueves 9 de Enero de 1913.

Núm. 2.

Explicación de la lámina (1)

Un periódico de Barcelona, *La Independencia*, comenzaba de este modo la relación de las infamias que los carlistas cometieron en Berga.

«La pluma se resiste á escribir lo que estos monstruos de la raza humana no vacilan en ejecutar; probaremos, no obstante, á explicar á nuestros lectores algunas de las muchas escenas de sangre y de pillaje, cometidas por esas bandas de salteadores, á quienes sólo el instinto de antropofagia les falta para ser en un todo iguales á los zelandeses.»

A la una y media de la madrugada del 27 de Marzo se rompió el fuego entre las fuerzas acantonadas en Berga, consistentes en voluntarios y tropas, total 500 hombres, y las hordas de Savalls, Camps, Miret y otros, en conjunto cerca de 4.000.

El fuego duró sin interrupción hasta las seis de la tarde, hora en que el comandante militar, capitán Morales, parlamentó con los cabecillas Camps y Miret, desde cuyo instante no se separó de su lado.

A poco, dirigiéndose los tres al cuartel donde estaba la fuerza de voluntarios, ordenó el comandante militar formar la fuerza en la plazoleta frente al edificio, y después de mandar á los oficiales que entregasen sus espadas y revolvers, hizose pasar entre filas á los individuos hasta llegar á *Casa Antig*, en cuyo punto se les mandó entregar las armas.

Los prisioneros fueron sacados de dicha casa á las dos de la mañana por Savalls, que no se había presentado hasta entonces, y los encaminaron en dirección de Cerchs y Blancaflor.

El resto de la fuerza, después de batirse heroicamente durante algunas horas en el punto conocido por el *Fort*, hasta que fué incendiado por los carlistas con petróleo, pasaron por unos tablones á la casa vecina conocida por el *Hostal*, y continuaron desde ella la lucha; pero incendiada también la casa, oído el toque de ¡alto el fuego!, dado por la fuerza del cuartel, y agotadas las municiones, no tuvieron más remedio que entregarse.

Para formarse una pálida idea de lo ocurrido, diré que la fuerza del *Fort* no pudo lograr del comandante militar ni una luz ni un solo cartucho antes de co-

menzar el fuego, de modo que tuvo que batirse sin otro auxilio que su valor y las municiones que cada cual tenía en la cartuchera; que á la fuerza del Castillo le ocurrió otro tanto, y que los voluntarios se resistieron á rendirse, pues el capitán que los mandaba, al oír la voz de ¡alto el fuego!, en un arranque de valor y de fiereza gritó á sus subordinados: «¡fuego, muchachos! ¡Aquí no debe rendirse nadie mientras quede vivo un solo hombre!»

Después de rendidos los que he dicho, faltaba que lo efectuasen tres soldados y un voluntario que, situados en la torre, desobedecieron el toque de alto, y desafiando la muerte continuaron disparando sobre los carlistas.

Estos, á pesar de su superioridad numérica, rociaron con petróleo la iglesia y le prendieron fuego para acabar con ellos. Y sólo entonces, cuando ya no había medio humano de defensa, extenuados, asfixiados y sin municiones, se entregaron.

El acto heroico de aquellos cuatro hombres merecía que se les concediera la rendición con todos los honores de la guerra. Aquella patulea infame, en vez de esto, fusiló al voluntario apenas se entregó, delante de sus tres compañeros, y no sólo á él, sino á cinco más.

Y cometieron esta iniquidad después que los defensores de Berga se rindieron bajo promesa de libertad, ellos, los muy cobardes, que durante el ataque no se dejaron ver en ninguna calle donde había peligro, y sólo cuando desapareció del todo comenzaron á cometer desmanes y atropellos.

La casa conocida por la *Caseta* fué saqueada, como igualmente la conocida por *Casa Negra*, y la del farmacéutico; el *Hostal* lo fué también y quemado después. Entre aquellos canchales iba un capellán armado de revólver y sediento de fusilamientos, y otro que se decía mariscal de campo.

¿Y el comandante militar, Morales? Su conducta fué la de un traidor alevé, pues se le vió al poco rato de efectuarse tales horrores, conversar y pasear muy placentero con los cabecillas.

Su traición, sin la cual no hubieran entrado en Berga aquellos facinerosos, entregó su nombre á la execración pública.

«Berga no ha sido tomada por las armas, ha sido comprada, decía un jefe liberal en una carta que publicó la prensa. Su comandante militar, capitán Morales, ha entregado todo sin resistencia, marchándose después con los carlistas.

«La tropa y voluntarios de Tarragona van presos, siendo fusilados en todo el

trayecto por pelotones de ocho y diez. Las últimas noticias son que lo han sido ya todos los voluntarios (excepto diez ó doce que se les han unido) y algunos soldados y paisanos.

«Los defensores de Dios han quemado la iglesia principal y una fábrica, saqueándolas, así como la mayor parte de las casas de los liberales. Entre todos ellos se ha distinguido un cura que, sable en mano, confesaba á los que iban á ser fusilados.

«Al aproximarse los carlistas se armaron todos los de ideas liberales, y con ellos algunos que, aunque se les conocía como carlistas, lucharon contra ellos. Mientras los bandidos avanzaban, el comandante militar tocó retirada y encerró la fuerza en el cuartel para después entregarla sin disparar un tiro; los que hicieron resistencia han sido fusilados por el camino, á pesar de la palabra empeñada por el titulado infante D. Enrique, de perdonarles la vida.

«Ayer trajeron á ésta desde una casa de campo inmediata cuatro cadáveres de los de Tarragona cosidos á bayonetazos.

«Esta es la triste verdad, y no los pomposos partes que en esa publicarán los defensores de estos salteadores de caminos y asesinos, apellidados carlistas.»

El alcalde de Berga publicó en la prensa una carta confirmando la traición del capitán Morales y formulando contra él duros cargos.

Y el capitán general de Cataluña, don Juan Contreras, en el parte oficial que dió el 30 desde Berga, confirmó lo de la traición y dió noticia de que se instruíra sumario, de la que resultaba que solamente los voluntarios francos y los del pueblo, con unos cuantos soldados, habían hecho la defensa; que Morales tuvo la tropa encerrada en el cuartel, sin mandar socorro á ninguna parte, por más que los supuestos del recinto lo reclamaron varias veces; y por último, que cuando unos cuantos oficiales trataban de apoderarse de él para proveer por su parte á la defensa, abrió á las facciones la puerta del cuartel, en donde ya se habían concentrado todas las tropas, que desmoralizadas por la conducta de su jefe desfilaron, entregando las armas antes que aquéllos pudieran evitarlo.

El simulacro de capitulación que ajustaron fué confiarse por completo á la palabra de honor de los cabecillas y del llamado infante D. Enrique, que después de eludir, con el auxilio del comandante militar, el firmar un acta, les ofrecieron, sin embargo, ya prisioneros, la conservación de la vida á todos, promesa formal que no

(1) La lámina de este número está copiada de una que publicó *La Campana de Gracia*, de Barcelona.

han cumplido, pues desgraciadamente á estas horas Savalls ha fusilado, mejor dicho, asesinado á bayonetazos y puñaladas, 67 voluntarios de los que se llevó.

Después se supo que no fueron 67, sino 85 las víctimas sacrificadas, faltando á una solemne capitulación; y no fusiladas, sino asesinadas en la marcha, por sorpresa, á tiros y bayonetazos, sin ninguna intimación, aviso ni preparación, y precisamente cuando creían que se les iba á dejar en libertad como se les había ofrecido.

Aquello fué una matanza, una horrible carnicería de la que no hay ejemplo; en tales términos, que algunos jefes carlistas, luego que tuvieron noticia de lo ocurrido, desaprobaban la infamia y se quejaron á D. Alfonso, con quien se disculpó Savalls, inventando la calumnia de que había hecho fusilar á los prisioneros (lo cual no era cierto, pues casi todos murieron á bayonetazos), no en calidad de enemigos, sino porque habían proferido frases ó palabras altamente ofensivas para D.^a Blanca. Más tarde se disculpaba diciendo que le habían ordenado aquellos asesinatos D. Alfonso y D.^a Blanca.

¿Fué horroroso todo aquello, no es cierto? Pues lo fué más aún, que los republicanos de Madrid consintieran, sin haber arrastrado por las calles á la redacción en masa, que el canallesco periódico *La Verdad*, hablando de los sucesos de Berga, tachase al gobierno de hipócrita, ilegítimo y faccioso, declarase traidores á los asesinados por Savalls, dijera que estuvieron bien fusilados, y comentará con frases laudatorias la traición de Berga, escribiendo además:

«Tan extraordinario acontecimiento ha consternado de tal modo á los liberales de todos matices, que ya el nombre de Savalls causa terror y espanto entre las bandas republicanas.

«Esperamos detalles de tan glorioso acontecimiento, que basta por sí solo para mostrar á España y á Europa la pujanza y valentía de los cruzados catalanes.»

¡Y después de insultar de tan villana manera al país y de excitar constantemente á los bandidos de sotana y á los petroleros del catolicismo, se lamentaban los periodistas trabucaires de que no había libertad de imprenta! ¡Siempre miserrables y embusteros!

¡Y el farsante que acataban como rey los carlistas, resolvió después perpetuar en medallas de bronce los fusilamientos de Berga!

Para que sus medallas hubieran sido fiel recuerdo de la horrible hazaña, debieron haber representado un horroroso incendio, y á los carlistas persiguiendo á niños y mujeres entre las llamas; y no hubiese holgado tampoco, para que el dibujo representase exactamente las heroicidades carlistas, una gonzúa y un trabuco, atributos de su vida de bandoleros, y una careta entre ropas sacerdotales para representar la hipócrita perfidia.

Al saberse en Barcelona los vandélicos actos de Ripoll y Berga, una sobreexcitación inmensa se apoderó de las masas; poseídas de un vértigo agitábanse por las calles y formaban numerosos grupos comentando los sucesos y presentando una actitud hostil.

La lástima fué que no hubieran aquel día acabado con todos los carlistas de la capital, y con sus cómplices y auxiliares. Por mucho que hubieran hecho, no habrían vengado á las víctimas de Berga y Ripoll.

El P. Miguel Mir, jesuita, ha muerto antijesuita

¿Quén fué Miguel Mir?

Un jesuita, en toda la extensión de la palabra: un jesuita de carácter indeleble y de voto perpetuo irremisible.

La Compañía le hizo jesuita. Al salir de ella con el odio infinito que despierta en el espíritu recto el siniestro instituto, creyóse capaz de deshacer al jesuitismo, pero fué incapaz de dejar de ser jesuita en su modo de ser y de obrar, haciendo de la cautela jesuitica la suprema virtud, y del procedimiento sinuoso el arma de combate.

Por esto Mir fué lo que fué, y no ha sido más de lo que ha sido.

El jesuita devoró al genio, aún después de haber salido de la Compañía. Su misma campaña contra ella ha sido poco menos que estéril por esta causa: luchó á lo jesuita contra los jesuitas. Con esto apenas logró defenderse de la sañuda persecución de sus antiguos hermanos, y en cambio sus ataques fueron inutilizados y embotadas las afiladas armas que poseía para dañarla. Y es que el jesuitismo, como colectividad y en la secta, es terrible: fuera de ella, en el individuo aislado, es nada.

Si Mir, desde la eminente cumbre en que el propio jesuitismo, más que su mérito personal, le había colocado, hubiese roto gallardamente armas contra los ignacianos, su campaña habría sido de una eficacia enorme. Habría arrastrado muchas gentes; habría provocado innumerables escándalos; habría producido hondas sacudidas en la opinión.

No lo hizo así; el miedo le ató las manos y le atascó la pluma; su gran labor de muchos años ha sido poco menos que estéril.

Baja á la tumba dejando su nombre más conocido por *jesuita*, que por *antijesuita*.

Y fué antijesuita de verdad, hasta su último momento. Esto conviene dejarlo bien registrado para desmentir á quienes afirman que ha muerto en el seno de la Compañía.

No: no hay tal. Pocos días antes de caer enfermo, tuvimos nuestra última conversación en el Salón del Prado.

Hablamos de muchas cosas; de dos que pueden ir al público, á saber: de su libro sobre Santa Teresa y del mío sobre San Ignacio, cambiando impresiones y datos.

Al darle cuenta de mis últimos descubrimientos, se sorprendía y se entusiasmaba. ¡Oh!... Ignacio era el ídolo que soñó pulverizar el P. Mir. Al hablar de él sus ojos brillaban con fulgor especial como á la visión de un espíritu maligno. El había pasado largos años en el estudio de las cosas de Ignacio.

Con los PP. Cabré y La Torre, había recibido del General el difícil cometido de arreglar la publicación de las *Cartas* del Fundador jesuita. En el estudio de estos documentos en los propios archivos de la secta, Mir habría creído sorprender el genio característico de Ignacio. Por esto me interesaba conocer su juicio acerca de las novedades que yo llevaba y que le dejaban entusiasmado.

Y me decía:

—Veremos eso muy despacio. Ahora, hasta Febrero, estoy agobiado con el libro de Santa Teresa. Para entonces lo tendré terminado, y veremos eso muy despacio.

Y sus ojos brillaban por encima de los cristales de sus gafas con brillo amenazador. Y me ofreció un proceso condensado de treinta capítulos contra San Ignacio, para publicarlos en la *Revue Moderniste* de Ginebra, extractados de las obras flamantes del jesuita Tachi Venturi y otros.

No ha muerto, pues, en la Compañía, sino combatiendo la Compañía y odiándola con odio filial.

Lo que en contrario pueda decirse no pasará de ser una farsa como la que se hizo con el P. Mon, y que el propio padre Mir explicó en *El Urbion* en un artículo anónimo.

Lo sabemos: á la Compañía le interesa hacer creer que muere en su seno el académico prófugo á quien no pudo destruir. Es el juego comenzado por el propio Ignacio con el insigne Guillermo Postel y continuado sin interrupción hasta nuestros días. La perjudica que mueran en su seno los necios y que los sabios mueran maldiciéndola y abominándola. Pero ello es así: Mir ha muerto odiando á la Compañía, tanto como ella le odia á él.

¿La historia de estos odios?

No tengan prisa los jesuitas; esos odios no quedaran ocultos.

En mi poder, y para cuando llegase este caso, depositó el P. Mir la documentación, y entre ella las *Delaciones* que por conducto del cardenal Rampolla entregó en las propias manos de León XIII y á espaldas del General el P. Mir, con las denuncias de los abusos, irregularidades y vergüenzas existentes en el Instituto, y sobre las cuales pidió al Papa directamente la relajación de sus votos y su salida de la Sociedad.

Este documento vendrá á EL MOTÍN para que, desde él, recorra el mundo.

Pero además de estas pruebas, doy en anticipo la siguiente: Miguel Mir es el autor de la obra *Crisis de la Compañía de Jesús*, que, apadrinada con mi nombre se publicó en 1901, cuyos originales están debidamente depositados, y cuya procedencia consta en acta notarial que ambos otorgamos en la escribanía de D. José Surribas, de Barcelona.

La obra quedó en el primer tomo, por no haber en España público antijesuita para libros de esta índole. Los originales del segundo estaban preparados é impresos ya varios pliegos.

Y pues el P. Mir es figura que aparecerá y reaparecerá más de una vez todavía en el escenario público á provocar nuevas contiendas, para estas ocasiones reservamos continuar estos discursos.

Conste, por hoy, que Mir ha muerto entrañablemente antijesuita, y odiando á la Compañía con odio jesuita perfecto, que es cuanto cabe decir, sintiendo no por el resaca de su destrucción.

Así como la Compañía le ha acompañado hasta la tumba con su odio de secta, deplorando que, habiendo sido capaz para elevarle á la Academia cuando era suyo, haya sido impetuoso para echarlo de ella cuando dejó de ser de la Sociedad.

Me dicen que en su entierro hubo jesuitas...

¿Sería para asegurarse de que realmente estaba muerto y de que ya no habrán de temer nuevos disgustos de él?... Si era por eso y para eso, la Compañía se lleva chasco. Para algo hablan de servirle á Mir las mañas jesuitas; y ahora servirán para esto, á saber: para repetir sobre la secta la frase de Lutero contra el Papa: «Vivo, fui tu peste; muerto, sere tu muerte.»

Porque, si; Mir saldrá del sepulcro para dar algún berrinche á quienes le persiguieron *fraternamente*.

S. PEY ORDEIX

Acto transcendental

El jefe del partido conservador, al enterarse de la solución de la última crisis, ha renunciado su jefatura y su acta de diputado, retirándose para siempre de la política.

Me alegro infinito de la caída de Maura, por varias razones: como político, porque amo la libertad; como revolucionario, porque amo la república; y como patriota, porque amo á España. Y la subida de Maura al poder en estos instantes, y con La Cierva, hubiera sido funesta para esas tres entidades, que en mi espíritu se refunden en una sola.

Pero fuera de eso, yo, entusiasta de las actitudes gallardas, tómela quien quiera y sea la causa cual fuere, yo admiro la adoptada por el jefe del partido conservador, y aplaudo la arrogancia con que ha arremetido contra todos: desde el más alto al más bajo.

Hoy no entro en si ha debido ó no hacer lo que ha hecho: la experiencia me ha enseñado que es muy fácil equivocarse al

juzgar actos excepcionales; lo único que digo es que, acertando ó equivocándose, obrando por despecho ó por soberbia, Maura, al escupir sobre el éxito, se ha engrandecido á mis ojos, sin que por esto deje de alegrarme muchísimo de que no vuelva á gobernar.

Deuda pagada, y en pie

Y ahora que Maura se ha retirado de la política, ahora que nadie puede tomar lo que voy á decir en otro sentido que el que tiene; ahora voy á pagarle la deuda con él contraída hace cuatro años y medio: darle públicamente las gracias por mi indulto, ya que no quise dárselas ni privadamente mientras estuvo en la altura.

El sabía que mi indulto iba á disgustar á elementos con quien convivía, y que yo, por respeto á mi historia, habría de seguir combatiéndole políticamente. Y, sin embargo, me lo dió. No todos hubieran hecho lo que él.

De haber continuado gobernando, ó en disponibilidad de gobernar, nunca se lo hubiese dicho. Hoy añado á eso:

«Las deudas de agradecimiento quedan reñcadas al pagarlas. Continúo siendo deudor suyo.»

JOSE NAKENS

Verdugo ahorcado

Entre los conservadores sólo ha habido realmente una víctima: la que debía serlo: La Cierva. Alguna vez había de ser víctima el verdugo.

Maura, al dejar la jefatura, no ha perdido más que el poder.

La Cierva, al perder el poder, ha perdido cuanto tenía.

Tremenda situación la suya, aunque mil veces merecida.

Las figuras salientes de su partido lo repudian; los liberales lo desdeñan; los republicanos lo abominan; en el extranjero se le maldice.

Si inspirase odio, aún podría enorgullecerse en su soledad. Hay odios que engrandecen. Pero no: inspira repulsión.

Las arrogancias de Maura indignaban, pero no ofendían: el cinismo de La Cierva inspiraba odio y asco.

Por esto, al pasar ahora Maura, habrá manos que se alzarán instintivamente hasta el sombrero.

Como al pasar La Cierva, habrá pies que oblicuarán inconscientemente al lado contrario, si no se sienten muy impulsados hacia él.

GLOSOCRACIA

¡Eso es España: una glosocracia; el eterno imperio de la lengua! Por eso, los deportes que más nos apasionan son los de las elecciones y del Parlamento, no obstante saber que son tan teatro como los que más. Por eso reconocemos complacientes una beligerancia, ofensiva para

el pueblo y para nuestra dignidad, á los hombres del 98.

Por eso queremos, sí, la República, pero á bragas enjutas, habida por ensalmos, digamos mítins, veladas conmemorativas, extraordinarios de periódicos, manifestos, banquetes, bloques y demás prendería calateril de pseudorevolucionarismo. Se cuentan las juntas, las cuartillas y las ovaciones; no se cuentan los fusiles. El trágico adoquín ha declinado en barricada de cacerolas. Y así, no es maravilla si la Historia ha acabado por resignarse á que no nos levantemos ya más de nuestra calda recular. Hace más de treinta años que no se gobierna para el país y todo está por hacer.

Una España sin reyes, sin oligarcas, sin pretorianismo, sin Demóstenes ni Cicerones, con un Guillermo el Taciturno por conductor, esto hablamos necesitado siempre, pero sobre todo desde 1898, para sacar del bloque hispano medievoal una nación moderna, que es decir viable, contenta de sí, colaboradora con Inglaterra, con Francia, con Alemania y los Estados Unidos en la formación de la Historia y en la obra de la civilización universal.

Nos ha faltado eso, y no podemos quejarnos sino de nosotros mismos. Desde hace tres siglos, el español es una mano muerta que nadie, ni él mismo, se ha cuidado de desamortizar.

JOAQUIN COSTA

En confianza

Y ahora vamos á hablar de lo nuestro.

Ya saben mis correligionarios que me ha preocupado siempre mucho más lo que hacemos ó dejamos de hacer en nuestra casa, que de lo que hacen ó dejan de hacer en la de enfrente.

Y he dicho que voy á hablar, y así es; porque no quiero hoy ni definir, ni recomendar, ni aconsejar, ni atacar, sino repartir en estilo liso y llano, en tono de conversación amistosa, con calma, sentido, y bromeando á ratos como acostumbro. Nunca empleé el estilo de tumba y *hachero*, pero hoy menos que nunca.

Entre paréntesis

Creo que comienza á invadirme el pesimismo, y lo siento. Es una desdicha llegar á viejo. Por esto más que por nada.

Todo lo voy viendo color sotana, no sólo con los ojos de la carne, sino con los del espíritu. Y no es lo malo verlo todo negro; sino verlo disminuido, trasteado, fuera de su sitio.

¡Oh entusiasmos de mis años de mozo y de maduro! ¡Cuanto os voy echando de menos en estos mis años de fósil!

Aquello era vivir y sentir, y ver las cosas, si no como eran, como debían ser. Hoy, por el contrario, las veo, no como debí: an ser, si no como son.

Y digo todo esto, á propósito de lo que me ocurre pensando en la retirada de Maura, que no logro discernir si ha sido un bien ó un mal para los republicanos.

Por lo pronto, parece que sí, que es un bien: *la libertad asegurada* (esa libertad de los liberales de que hemos dicho tantos horrores); *la República en puerta* (frase estereotipada); *la libertad de la Prensa recobrada* (Dios mejore sus horas, porque lo que es hasta ahora, he perdido desde que mandan los liberales muchas horas en los juzgados); y no prosigo la enumeración de gangas, no sea que vaya á entrar en ganas de bailar de gozo, lo cual sería desastroso para mi respetabilidad de vejeterio.

Convengamos, pues, en que hoy por hoy todo es para nosotros vida y dulzura y esperanza nuestra, á juzgar por los jubilosos cánticos de triunfo que entonamos.

Pero pudiera ser que á la larga...

¡Oh! á la larga habrá que oír nuestros lamentos, por no tener materia prima para fabricar discursos ni escribir artículos. Sin Maura y sin La Cierva ¿qué vamos á decir? ¿Cómo entonar el canto bélico en la trompa épica? ¿Cómo diablos arreglarnos para que el Pueblo nos oiga y nos lea, si pecarán de ñoños los discursos y de sosainas los periódicos?

Porque, ó elogiamos á los liberales (lo cual dará pretexto para que los echen, por suponer que se entienden con nosotros), ó los combatimos (con lo cual desmentiremos las alabanzas de hoy); y en ambos casos no quedaremos muy bien que digamos.

Si estuviéramos unidos y en condiciones de barrelo todo, (como solemos decir á menudo) entonces no habría ya nada que hablar: alejados Maura y La Cierva del poder, con derribar á Moret y Romanones cuestión resuelta: sería cosa de coser y cantar. Y ¡viva la República! Pero estando como estamos, creo que deberíamos ser un poco más cautos en la expresión pública de nuestro regocijo.

Y dicho esto, voy á intercalar aquí un paréntesis larguísimo para justificar el título de este artículo... ..

(Qué alegrías y qué sustos he tenido y pasado los días en que estábamos sin saber si el gobierno sería *higo* ó *higa*.)

Alegrías, al ver que los unos celebraban mítins para afirmar que nos opondríamos á la vuelta de Maura, y los otros se reunían con frecuencia para tomar acuerdos transcendentales encañados á lo mismo; pues esto me indicaba que estábamos perfectamente prevenidos á todo evento. ¿Crear yo que no estaba preparado el Pueblo para acometer tal empresa, y encontrarme con que sí? Me esponjaba de tal modo, que conseguía devolver á ratos su antigua tersura á mi ya arrugada piel.

¿Con que por fin, y cuando todos creíamos que nada había, lo teníanis todo? ¡Oh sorpresa inesperada! ¡Oh fortuna no sentipal! ¡Yi no me muerdo sin verla!

Y palmoteaba de gusto y me arrepentía de haber dicho hace poco, que los

hombres que estaban al frente de las innumerables fracciones en que estamos divididos, no se preocupaban más que de lo suyo. Porque no podía creer que, sin estar prevenidos, se atreviera nadie á levantar de cascos á los que están siempre dispuestos á cumplir con su deber.

Volví otra vez á la desconfianza, y pensaba en aquel cesante que arrancó una hoja de un almanaque de pared para enterarse de cuantos días llevaba sin comer, y leyó esta receta culinaria al dorso del santo del día:

PEPITORIA

Tomad un poco.....

—¡Bien! ¿Pero de dónde?... exclamó desesperado al sentir que el hambre se le aumentaba leyendo la receta.

Y este recuerdo me hacía pensar con amargura en que pudieran haber dicho lo mismo los republicanos al ser excitados á la lucha:

—¡Bien! ¿Pero con qué?

Y volví á mis dudas y zozobras, y me decía: «¿Qué responsabilidad tan grande para los jefes!», añadiendo:

¡Ah! ¿Quién tuviera por arte mágico poder suficiente para reunir en este instante los millones que nos hemos gastado en banquetes, en mítins, en veladas, en tómbolas, en bailes de máscaras, y hasta en músicas, y hasta en flores, y hasta en palomas, para recibir á los modestos hijos del Pueblo que han subido al pináculo de la celebridad agarrados del brazo de la tanta veces violada, aunque siempre doncella, D.^a Democracia Republicana, á fin de comprar con esos millones algo que nos hace tanta falta y que no puede suplirse completamente ni con el valor ni con el entusiasmo?.....

Dispénsenme mis correligionarios el que haya empleado estilo tan impropio para decir cosas tan amargas.

Pero es que siento tristeza tan profunda al vernos tan apartados de la realidad y perdiendo el tiempo en cantar triunfos efímeros, en vez de aprestarnos, compactos y unidos, á la gran obra de la reorganización del partido, sin la cual jamás alcanzaremos lo que deseamos, que hubiese llegado más allá de donde me propusiera, si comienzo empleando el estilo que cuadra á la indignación.

¡Unión, reorganización, recursos!... Y á pensar en lo que pudiéramos hacer unidos, por lo que hacemos separados.

Mi punto de vista

Me parece perfectísimamente que los republicanos deseemos que des gobiernen á España los liberales, á que la des gobiernen los conservadores. Aunque no suel: haber gran diferencia entre unos y otros, los primeros no cuentan con ningún La Cierva.

Pero al mis no tiempo creo que nuestra misión no es esa precisamente, si no la de ponerla en condiciones de poder traer la República, para que no des gobierne á España ninguno de los dos partidos.

Por esto me sonrío al ver ahora á mis correligionarios afirmar que la República viene, fundándose en que hemos contribuido á desquiciar al partido conservador. Se olvidan de que cuando el aguilucho desciende de las nubes, hasta las gallinas que acaban de picotearse se aprestan juntas á defender sus polluelos. Ejemplo bien reciente lo tienen en el mitin celebrado en el teatro de la Gran Vía por las Juventudes conservadora y liberal.

¿Que destruyendo los puntales más firmes de la monarquía se vendrá el edificio abajo? ¡Oja! Mas no espero verlo por muchos años que añada á los que ya tengo. Cuando mata un terrorista á un rey, se cumple aquello de: «¡rey muerto, rey puesto.» ¡Con que no digo nada cuando sólo desaparece un gobernante! Y si no, veamos: á Cánovas sucede Silvela, á Silvela, Villaverde; á Villaverde, Maura; á Maura, ya lo veremos uno de estos días (si lo sustituyen). Y todo continúa igual: los tributos aumentando, el país despoblándose, el hambre haciendo de las suyas, los frailes multiplicándose, etc., etcétera.

Y en la otra dinastía de gobernantes ocurre lo propio: tras de Sagasta, Moret; tras de Moret, Canalejas; tras de Canalejas, Romanones... y sigue todo lo mismo.

¿Que entre los liberales y los conservadores, debemos preferir que des gobiernen los primeros? ¿Quién lo duda? Pero la cuestión es esta otra:

¿No podemos, ó no queremos hacer otra cosa? Pues digámoslo claro de una vez, y que los que vienen detrás, los jóvenes, se dediquen con todos los entusiasmos de su edad á organizar un partido republicano que sirva para algo más que para eso, jubilandos á todos los que nada hemos hecho.

Y de este modo, y enterándose bien de lo que hicimos, para hacer lo contrario, lograrán un día verse en República.

E si non, non.

No exajeremos

Yo no dudo, yo no debo dudar, yo no quiero dudar de que la actitud de los republicanos haya podido influir algo en la solución de la última crisis: hasta concederé, si me apuran, que ha influido mucho.

¿Pero no les parece á mis correligionarios que es antipolítico y contraproducente cacarear tanto el triunfo? ¿No piensan en que así justifican la retirada de Maura?

Si en el ánimo de la Corona influye hasta ese punto la opinión de los republicanos, ¿qué de extraño tiene que el primer hombre de la restauración haya creído que debe retirarse para no gobernar bajo esa influencia?

Bueno es entusiasrnarnos, pero no tanto, no tanto...

Si estamos preparados para todo, porque nuestra prudencia preocuparía más

que nuestros gritos á los morárquicos,
que saben bien aquello de:

«Que el río cuanto más lleno,
oculta mejor su fondo,
y á medida que es más hondo
aparece más sereno.»

Y si no lo estamos, para evitar que alguien crea que somos parientes cercanos del *Esaro de la Venta*, aquel de *«Si bajo!... ¡Si bajo!...»* y nos responda, cansado ya de oír tantas vírgenes (hasta ahora), amenazas: («¡Transposición se llama esta figura!») «¡Bajen ustedes, hombres, bajen ustedes!»

Concretando: que se nos impone ahora, más que antes, lo de «callar y obrar, por la tierra y por la mar.»

CONTRADICCIÓN

¿Creen mis correligionarios que estuviese hoy establecida la República en Portugal, si el rey D. Carlos no se empeña en sostener á toda costa á Joao Franco, el Maura de allí, mejor dicho, el La Cierva? Yo no lo creo.

Y si hemos dicho muchas veces que la vuelta de los conservadores provocaría la revolución, ¿á qué esta alegría tan desahogada por haber cometido la torpeza de impedir su vuelta, en la que confiábamos para traer la República?

Recuerdo que allá por los primeros años de la restauración, cuando Cánovas apretaba (nunca como Maura, porque aquél no se dejaba influir por ningún La Cierva), se conspiraba constantemente, había militares comprometidos, y, por lo tanto, esperanzas fundadas de implantar la República; y eso que no había tantos republicanos como ahora.

Pero vino Sagasta; indultó á Villacampa; comenzó á solicitar y aceptar benevolencias; concedió el sufragio universal y otras reformas democráticas, sin perjuicio de mixtificarlas luego; y desde entonces los asuntos republicanos van de mal en peor, aunque aparentemos creer lo contrario.

Lo cual prueba, que si para vivir tranquilamente como ciudadanos pacíficos; nos convienen los Sagastas y los Romanones, para trabajar de veras por la venida de la República nos convienen más los Cánovas y los Mauras.

Y no sé qué decir más, porque me hago un lío cada vez que pienso en las palpables contradicciones en que incurrimos.

Todos iguales

Entre D. Gil y D. Bruno,
¿á cuál eliges, Dolores?

A ninguno,

porque los dos son peores.

Así comenzaba una letrilla publicada allá por mil ochocientos cuarenta y tantos, en la que se analizaban los méritos y desméritos de los aspirantes á la mano de la reina D.^a Isabel; y así debe-

riamos decir siempre los que nos la echamos de revolucionarios, aun cuando no nos tememos nunca la molestia de demostrarlo si no con la lengua ó con la pluma.

Pero, no; si lo más gracioso es que lo decimos. ¡Sin veces que le echamos á Canalejas en cara que era más reaccionario que los conservadores! Y ahí está don Melquiades, que no me dejará mentir: fué el que más extremo esa nota.

Lo que tiene es que luego, sea por hache ó por erre, nos ponemos de parte de unos ó de otros, cual si para lo nuestro, para lo que debemos hacer, no fueran ambos peores: D. Gil y D. Bruno.

Yo opino que la misión de los revolucionarios no es esa, sino la de combatir sin descanso á todos los monárquicos. ¡Bueno pusimos á Castelar, porque hacía esa política! Y, sin embargo, ahora casi todos lo imitamos. Su frase *la República posible* ha sido sustituida por la de *hacer un poco de revolución cada día*, como si en un país como el nuestro pudiera llegarse nunca á ese paso.

Pero ya seguiremos hablando de esto. Ha llegado el momento, no de discursar, ni de *articular*, sino de departir, como antes dije, tranquilamente, serenamente, sin insultarnos, sin sacar á cada instante la caja de los truenos; como amigos, como hermanos, como hombres que aspiran á lo mismo: servir á su patria. Que hablando se entiende la gente, y acaso nosotros no nos hayamos nunca entendido, porque no nos hemos hablado nunca si no en tono de discurso.

BIEN; PERO...

Los republicanos que han influido con su actitud enérgica en la solución de la última crisis, quizás no se hayan dado cuenta de que, exagerando la nota, pudieran quitar fuerza á los liberales y dársele á los conservadores.

Me refiero á los radicales, pues los conjuncionistas nada han hecho, al menos ostensiblemente.

Opino, por lo tanto, que deberían poner sordina á la manifestación de su entusiasmo, para no dar lugar á que á las primeras de cambio nos encontrásemos en el poder á los conservadores.

Yo, si he de decir la verdad, no las tengo todas conmigo, y no me extrañaría que tanto estruendo y batahola viniesen á parar en que al tercer día, ó á la tercer semana, ó al tercer mes á lo sumo, oyesen los conservadores esta vez desde la altura: *Levantados y andad*.

Y si fueran los conservadores sin Maura y sin La Cierva, poco importaría. Pero ¿y si es con ellos?

Regocijémonos, pero con calma y prudencia. Y á pensar en la reorganización inmediata del partido.

En un país donde ha habido ministerios de 24 horas, todo es de esperar y de temer.

Huyamos de esto

Un mendigo alto, corpulento, de barba hirsuta, de ojos amenazadores y voz aguardentosa, acostumbraba á pedir limosna en esta forma, llevando en la mano derecha una piedra de gran tamaño, que hacía como que ocultaba:

—¡Una limosnita, porque si no!...

Como pedía siempre en las afueras de la población y elegía los transeúntes de cierto empaque, el conminado á ejercer aquella obra de misericordia se apresuraba por miedo á socorrerle, y de este modo mi hombre iba resolviendo con facilidad el difícil problema de comer y beber sin trabajar.

Pero como en este pícaro mundo todo está sujeto á mudanza, tropezó un día con un ciudadano que, ó malhumorado ó con más redaños que los anteriores, le gritó al ser solicitado de aquel modo:

—Y si no se la doy, ¿qué hará usted?

Y el mendigo bajando el diapason de su voz tremebunda, contestóle entre resignado é indiferente:

—¿Que qué haré? Pues... pues... pues...irme sin ella.

Todo hombre y todo partido político que vive de la amenaza, sin estar en condiciones perfectas de responder de sus palabras con sus actos, cuando las circunstancias lo exigen, pueden verse un día en el ridículo y bochornoso caso de aquel mendigo.

HUMORADA

Una de las causas principales de que no nos entendamos, es que hay en el republicanismo hombres de altura que hablan en republicano y piensan en monárquico.

¿No podría arreglarse eso, ahora que el rey ha demostrado inclinaciones á la libertad, formando en bien de ésta y de la patria esos señores un partido verdaderamente democrático dentro de la monarquía, como hicieron casi todos los de Italia al hacerse la unidad en 1870? ¿Un partido donde hablaran en monárquico y pensarán y obraran en republicano, continuando de este modo su costumbre de no poner en armonía sus obras con sus palabras?

Entonces estarían en su verdadero sitio, y prestarían varios servicios: á la Monarquía, por el contingente de fuerzas aprovechables que le llevaban; á la República, que la perturbación que le quitaban; y á la Libertad, porque podrían conseguir ser ellos el partido avanzado dentro del régimen, y los liberales el conservador, dejando reducido al partido que hoy se llama así, al papel que desempeña el moderado á los comienzos de la restauración: dar la nota del pasado, hasta que se fué extinguiendo lentamente.

La ocasión no puede ser más oportuna: sacrifíquense, pues, esos republicanos trabajando desde la Monarquía por la

República, como algunos socialistas de Francia forman parte de los gobiernos republicanos para ir poco a poco infiltrando en las leyes sus ideas, y la Democracia se lo agradecerá.

Y tengan por seguro que nosotros, los que nos quedemos por estos andurriales de la política avanzada, no los atajaremos en su camino: únicamente lamentaremos que no hayan adoptado antes resolución tan lógica.

El día 1.º del actual dirigí al periódico *Excelsior* esta carta:

Sobre una denuncia

Sr. Director de *Excelsior*.

Mi distinguido compañero: Leo en *Excelsior* de anoche la noticia de que un individuo llamado Manuel Fernández Pérez ha presentado una denuncia en el Juzgado de guardia diciendo que yo le había inducido á matar al Sr. Canalejas.

Conozco á ese individuo desde que fué ordenanza de los presos de pago, estando yo en la cárcel, donde él cumplía condena por policía «ful» y por atentado. Había estado antes dos veces en presidio, una por lesiones y por homicidio otra.

Cumplió antes de mi indulto, y al salir yo se me presentó para que lo socorriera, porque se moría de hambre; pidióme luego que le buscara trabajo, y escribí á mi querido amigo Luis Casanueva, concejal republicano, que lo colocó de peón en el Retiro; más tarde, y por la misma influencia, fué nombrado guarda; pero tales faltas cometía á diario (una de ellas fué abandonar una noche el servicio para ir á pelarse con otro empleado, que le abrió la cabeza de una pedrada), que le formaron, por fin, un expediente. Yendo yo entonces á ver personalmente á D. Celedonio Rodríguez director del Retiro, para ver si podía perdonarlo.

Continué de guarda, y á poco le formaron otro expediente. Escribí á mi antiguo amigo D. José Francos Rodríguez, alcalde, por si podía hacer algo en bien suyo, y me contestó que sentía mucho no poder complacerme, pero que era de tal índole el individuo, que había por fuerza que quitarle el cargo.

Acudió nuevamente á mí, diciéndome que quería trabajar en su oficio de zapatero, pero que no tenía herramientas: le di 20 duros para que las comprase y cinco más para que me hiciese unas botas, y desapareció. De esto hará próximamente trece ó catorce meses.

Hará unos ocho ó nueve se presentó en esta Administración y le dije delante de todos los empleados, antes que hablase una palabra, que no volviera por aquí.

No me acordaba ya de él, cuando hará cosa de un mes me avisaron de que estaba á la puerta de mi cuarto y que se negaba á retirarse sin hablarme.

Salí, y al ver la forma deplorable en que venía, lo despedí.

El día de Pascua subió el portero, guardia de Seguridad, á decirme que un individuo de malas trazas y borracho estaba empeñado en llamar á la puerta, y que él no lo dejaba. Vi quién era, y le dije que había hecho bien.

Después supe que otros guardias lo habían llevado á la Prevención de la Universidad por no sé qué incidente, y no he

vuelto á saber de él, hasta que he leído la noticia de *Excelsior*.

Agradecería á usted, señor director, que insertara estos renglones en su periódico.

De ustedes atento s. s. y compañero.

Al acabar de leer lo anterior, se preguntarán algunos:

—¿Pero este Nakens es tonto? ¿A quién se le ocurre que hombres de esta clase pueden regenerarse, así lo digan todos los sociólogos que no los han tratado?

—¿Que si soy tonto? No lo saben ustedes muy bien. Mi vida ha sido una interminable serie de tonterías de este calibre.

Si tengo tiempo, ya referiré algunas antes de emigrar para siempre á donde nunca hace frío. Y se arrepentirán ustedes de haber creído alguna vez que yo tenía talento, ni sentido común siquiera.

Por esto no he culpado jamás á nadie, sino á mí, de muchas contrariedades y disgustos que he sufrido. La culpa busca la pena, y yo he cometido la de ceder á mis impulsos sin pensar en lo que podría ocurrir después, sin escarmentar nunca, y hasta pretendiendo convencerme de que yo no había obrado mal, porque había pensado bien.

Hasta ahora no me han llamado á declarar. Allá veremos.

Lo único que siento es que no haya manera legal de negarse á responder á ciertas acusaciones, pues de haberla, yo la utilizaría en esta ocasión. Es tan absurda la que se me ha lanzado, que no la cree ni el que la inventó, quien quiera que sea.

En suma, una molestia más, que pasará como las nubes de verano. Las pelladas de cieno que arrojan los chicos á las estatuas de marmol, desaparecen á las primeras gotas que caen de esas nubes.

Educación clerical

Cómo se hace un inquisidor

y III CUANDO FUI INQUISIDOR.

Me gustaba parecer malo, reservándome la prueba de mi inocencia.

Esto me colocaba indudablemente en un camino singular y en la situación singular de que quien me trataba íntimamente me quería, y quien me conocía á medias tenía prevención contra mí.

Todo tiene sus ventajas y desventajas: estos ejercicios robustecieron mi espíritu, haciéndole resistente al ambiente; pero me acarrearón muchos sinsabores.

Alejando esto, vuelvo al espíritu aquel del *placer del suplicio*.

No sé si merecida ó inmerecidamente el director me nombró *conferenciante*: este trabajo era de auxiliar del catedrático: el cargo tenía ciertas consideraciones de mesa, queda incorporado á la *jerarquía*, y sobre todo disfruta la exención de castigos y de la disciplina secundaria. Era *«clases»*.

Tenía entonces trece años no cumplidos.

Seguí el sistema educativo al uso: «la letra con sangre entra». Aunque los directores y la opinión dijeran otra cosa, yo era un pésimo maestro y un pedagogo desastroso. Tengo cualidades de elocuencia y persuasión; pero me faltó siempre energía muscular: me entusiasmaba explicar una cosa y en la explicación gastaba toda mi energía y no me quedaba ya fuerza para la repetición que requiere el discípulo.

Esta elección y nombramiento me sorprendió. Yo me hallaba incorporado á la *autoridad* aquella, energuménica, que antes odiaba tan entrañablemente. Yo era parte del energúmeno.

No concebía la autoridad de otro modo. La única relación entre la *autoridad* y el subordinado, según lo que había visto, era el castigo que emerge de la voluntad del superior como crueldad é insensibilidad al dolor físico presente de la víctima para su bien futuro, y que emerge y vive en el inferior como terror que refrena unos ímpetus é impulsa otros, contiene una actividad y excita otra. Yo conocía esta psicología rudimentaria de la pedagogía social; no sabía que había otra; y al pasar de súbdito á superior sin haber preparado mi alma para ello, sentí convivir en mí el alma del súbdito y el alma del superior, odiándose una á otra y poniéndome el suplicio, antes externo, dentro de mi mismo.

Estas dos almas disputábanse el dominio de mi conciencia en disputa encarnizada y continua, venciendo ora la una, ora la otra. La una se horrorizaba del castigo y la otra lo imponía, y se hacían más cruel de lo debido para no parecer vencida de la piedad débil.

El ejercicio de la autoridad fué amortiguando el alma del súbdito: el inquisidor iba surgiendo en mí, valeroso, cruel, implacable. En mi espíritu iban apareciendo y creciendo las carnosas y uñosas alas del murciélago: «la letra con sangre entra». «Dios es el más cruel de todos los seres porque es el que más y mejor los ama: quien bien ama bien castiga: el que te quiere bien te hará llorar»... Los vacíos que iban dejando al huir de mi cerebro las ideas de súbdito, las iban llenando las ideas de autoridad. La Inquisición es santa, y, sin embargo, tortura: he aquí el modo de invertir la lógica: en vez de decir, la crueldad hace malvada la santidad, decir: la santidad santifica la crueldad.

S. PEY ORDEIX

Nació para ellos

Estaba por decir que de la venida de Dios al mundo no han sacado ventajas y partido más que sus venerables ministros seculares y regulares, y por carambola las públicas esposas del místico cordero.

Concibo, pues, muy lógico y natural

su regocijo en estos días de Pascua, y encuentro muy justificados sus gritos de regocijo en el coro, diciendo: *Christus natus est nobis*; Cristo ha nacido para nosotros: *venite adoremus*, venid y adorémosle.

Sí, hermanos y padres reverendos, hermanas y hermanitas: Cristo ha nacido para vosotros, y no se ha limitado á redimir al mundo, sino que os ha dedicado de un modo especialísimo los frutos copiosos de su encarnación. Por él tenéis por morada suntuosos palacios rodeados de frondosos jardines; por él están vuestros almacenes y guardarropa atiborrados de paños selectos y finas holandas; por él está abarrotada vuestra despensa de lo más rico y apetitoso que puede soñar el glotón más regalado; por él no se apagan jamás los hornillos de vuestras cocinas, como el fuego sacro de las vestales; por él se llenan las mesas de vuestros refectorios con las más escogidas viandas; por él llenáis vuestras gabetas, y los Bancos custodian vuestro oro y billetes; por él pasáis la vida en plácida holganza; por él tenéis fama de puros, abnegados y sabios; por él tenéis patente de corso para realizar toda clase de fichorías. ¡Cristo ha nacido para vosotros! ¡Venid y adoradle!

Veo á un obispo salir de su palacio rodeado de pajes, cubierto de sedas, encajes y pedrería, á quien espera en la puerta blasonada carroza; me llama y me dice: «No hay cosa como la Iglesia católica.» Y yo le respondo: «Tienes razón, y yo en tu lugar diría quizás lo mismo: la Iglesia católica es para ti ese palacio, ese lujo, esa servidumbre, ese carruaje, los muchos miles de duros que te embolsas al año, y la influencia y la consideración social de que gozas. ¿Cómo no has de confesar y reconocer su poderío? Una sílaba que pronunciaras en contra suya, una duda que te permitieras sobre ella, sería lo suficiente para que se disipasen como espuma todas esas grandezas, y te vieras pobre, despreciado, perseguido y hambriento. Sí, tienes razón: no hay nada como la Iglesia católica.»

Veo salir de su catedral á un obispo protestante; viste como un *gentleman*; luce en la mano rico anillo de amatistas; le rodean su esposa y sus hijos; los fieles le saludan respetuosamente, y al dirigirse a su casa, me llama y me dice: «No hay nada como el Evangelio.» Y yo le respondo: «Tienes razón, y yo en tu lugar quizás diría lo mismo: el Evangelio es para ti las dos mil libras esterlinas que cobras, los servidores de tu presbiterio, el hotel que habitas, la señora y los hijos que tienes, y tu mezcla de eclesiástico y seglar que te permite coger lo grato de los dos campos y eludir lo desagradable de los dos estados; el apoyo que te presta el Estado, y las prerrogativas de que gozas. ¿Cómo no has de confesar y reconocer la excelencia del Evangelio? El día que en tus peroratas lanzaras una frase irrespetuosa contra el evangelista, ó pusieras en tela de juicio alguno de sus pasajes, aun los más absurdos é inconcebibles, todo ese

aparato y bienestar se reduciría á la nada, serías el vilipendio de los fieles, las ovejas perseguirían al pastor y tendrías que ganarte el pan con el sudor de tu frente. Sí, tienes razón: no hay nada como el Evangelio.»

Veo salir de su convento al padre Prior, rodeado de toda la comunidad, que se postra de rodillas, y le besa los hábitos; un lujoso automóvil le espera para llevarle á la estación; de allí subirá á un *sleeper* é irá visitando otros conventos de la provincia, en los que será recibido bajo palio, ensalzado, festejado y cubierto de homenajes casi divinos; me llama y me dice: «Hijo mío, no hay nada como el estado religioso.» Y yo le respondo: «Tienes razón, y yo en tu lugar diría quizás lo mismo: el estado religioso es para ti ese convento, especie de palacio-fortaleza, donde todo sobra, nada escasea y no hay necesidad ó capricho que no obtenga su complemento; es esa celda confortable, esa mesa opípara, ese vestido que nunca falta, esos viajes y esos baños que nada te cuestan, es la vida asegurada de todos los vaivenes y peripecias, es la tranquilidad inmensa del que todo lo tiene y sabe que nunca lo perderá, la seguridad del presente y del porvenir, la gaveta bien repleta, el influjo en la Orden, y los homenajes á diario de los siervos más rendidos. Por el estado religioso eres sabio, santo, dominas á las familias, te apoya el Gobierno, te rodean de privilegios y adulaciones, y el oro de los creyentes fluye sin cesar á las cajas de tu comunidad. ¿Cómo no has de proclamar las excelencias de este estado? Una diatriba que pronunciaras en contra suya, la más leve crítica, el chiste más sencillo bastaría para que te expulsaran de su seno tus queridos hermanos, y te hallaras de nuevo en el mundo solo, desamparado y pobre... Sí, tienes razón: no hay cosa tan excelente como la vida conventual.»

Así hablan todos y cada uno, y siempre bien porque les va bien. De Cristo y de su Iglesia sólo han brotado favores para esos que entonces sin cesar sus alabanzas, alabanzas que se perpetúan porque de ellas dimana su bienestar y su regodeo. Cristo no nació para la Humanidad, que continúa siendo pobre, enferma, sujeta á las mismas miserias y dolores que antes de que apareciera en el mundo. Cristo ha nacido sólo para los que viven de él y de su nombre; los hombres de buena voluntad no se han enterado todavía de su nacimiento.

FRAY GERUNDIO

El hombre que quería afilar su hacha

Recuerdo que cuando yo era niño, un hombre se acercó á mí con un hacha al hombro. Era muy de mañana y hacía frío.

—Lindo muchachito, me dijo; ¿tiene

tu padre aquí cerca una piedra de afilar?

—Sí, señor, —le contesté.

—Eres un mocito muy simpático, añadió. —¿Quieres dejarme afilar mi hacha en esa piedra?

Halagado yo por sus elogios, —¡oh, sí señor! —le dije sonriendo.

—Y dime, hombrecito, —agregó él, acariciándome; —¿podrás proporcionarme un poco de agua caliente?

¿Cómo hubiera podido yo negarle cosa tan sencilla? Me alejé corriendo, y á los pocos instantes volví con una vasija llena.

—¿Cuántos años tienes? ¿Cómo te llamas? —prosiguió él; y antes de que le contestara, añadió: —Estoy seguro de que eres uno de los mejores muchachos que he visto en mi vida. ¿Quieres hacerme el favor de darle vueltas á la rueda?

Envanecido por sus lisonjas, me puse á trabajar con todas mis fuerzas. ¡Cuánto me ha pesado lo que hice aquel día! El hacha era nueva, y tuve que afanarme de tal modo, que por poco me muero de cansancio.

En esto oí la campana de la escuela, pero no podía dejar el trabajo; mis manos se llenaban de ampollas y todavía el hacha estaba á medio afilar.

Por último quedé afilada. Entonces el hombre se volvió hacia mí, y me dijo:

—Oye, tunante; estás haciendo novillos. Si no te largas pronto á la escuela, te azoto con el mango del hacha.

—¡Ay de mí! —pensé; —como si no fuera bastante penoso el dar tantas vueltas á la piedra, todavía me amenaza y me llama tunante.

El lance quedó grabado indeleblemente en mi memoria, y desde aquel día lo he recordado con frecuencia.

Cuando veo á un comerciante mostrarse exageradamente cortés para con sus parroquianos, convidándolos á licores y refrescos, é instándolos demasiado á que compren sus mercancías, suelo decirme: «Ese hombre quiere afilar su hacha.»

Cuando veo á un hombre adulando al pueblo y alardeando de amor á la libertad, sabiendo yo que en su vida privada es un tirano, me dan ganas de gritar: «¡Cuidado, buenas gentes! Ese hombre tiene trazas de haceros dar vueltas en su provecho á la rueda de afilar.»

Cuando veo otro hombre elevado por el espíritu de partido á desempeñar las funciones de un alto destino público, constándome que carece de actitudes y de los méritos personales necesarios para hacerse útil é inspirar respeto, «¡ay!», —digo para mí, —pueblo alucinado; por alguna razón te han condenado á dar vueltas á una rueda de afilar para que se beneficie un zoquete.

FRANKLIN

Tarjetas postales

Cuatro colecciones de diez cada una, á 50 céntimos. Tormentos de la Inquisición.

EL MOTIN



UN INCIDENTE DEL ASESINATO DE LOS OCHENTA Y CINCO VOLUNTARIOS MUCHOS PRISIONEROS EN BERGA POR SAVALLS EN 27 DE MARZO DE 1873.

Ayuntamiento de Madrid

UNO MAS

Y cuando ya mi tumba, de todos olvidada
no tenga cruz ni piedra que marque su lugar,
deja que la are el hombre, que la esparza la azada,
que todas mis cenizas se vuelvan á la nada
y en polvo de tu alfombra se vayan á formar.

J. RIZAL

Regresábamos del último entierro civil. Mi compañero, un viejo que antaño figuró en las barricadas, permanecía silencioso. Una especie de hipo, á duras penas reprimido, salía de su pecho, y de sus ojos pugnaban por brotar furtivas lágrimas. Yo respetaba aquella emoción que el anciano se esforzaba en ocultarme y guardaba silencio, reproduciendo en mi imaginación el sonido de las paletadas de tierra al caer sobre el féretro durante el declinar de una tarde de invierno triste, fría y nebulosa al mismo tiempo que á mi mente acudían aquellas duras palabras de Tomás Meabe: «Por mi parte, yo no siento la necesidad de vivir después de morir. Con toda mi ALMA lo digo: ¡quiero descansar cuando pase esto!»

El viejo acompañante, rompiendo su mutismo, me habló así:—Con la pena que me causa la pérdida de todos los valientes campeones del pensamiento libre, estos entierros civiles, tan repetidos en León, son los únicos actos libres que me producen satisfacción. Crecí muriendo después de haber presenciado la ruina total de mi patria, y con profunda sorpresa veo resurgir la idea que juzgaba aniquilada por la labor tenebrosa de la conjura loyolesca extendiendo en este país una invisible y monstruosa telaraña con la cual ha aprisionado á todos los hombres, imponiéndoles...

Y como me viese sonreír, añadió exaltándose:—¡Sí; tú creas que son chifladas seniles, como creerás que eres dueño de tus calzones! ¡Error, espejismo funesto! ¿Qué ideas ni que ideales tenéis los jóvenes ante un plato de lentejas? ¿Qué sabes tú de la lucha por el ideal? ¡Los jóvenes escépticos de ahora, de todo se ríen y todo lo critican mientras se dejan caer en una verdadera esclavitud! En mis tiempos no se toleraban las tiranías que hoy soportáis con mansedumbre ovejuna; porque en mis tiempos se sabía morir, y vosotros... vosotros sólo poseéis el miedo que han sabido infiltraros mediante un sistema de educación influido de la pedagogía ignaciana... y creéis que es una manía cursi apuntar contra los loyolas.

Inútilmente traté de convencer á mi viejo amigo de que los tiempos no son los mismos; de que la labor de su generación había hecho su efecto; de que la idea fuerza social de nuestra época es más económica que política; de que nuestra juventud no desmerece de la que en sus mocedades se batía por la libertad y de que la lucha que hoy entabla por el progreso, mejorando y capacitando la masa social, es más eficaz que el sacrificio de unos cuantos héroes en holocausto á un pueblo inapto que no podía gustar y disfrutar los beneficios de una civilización para la cual no estaba preparado, y que con la misma inconsciencia gritaba ¡Viva la Constitución!, como seguidamente aullaba ¡Vivan las caenas, muera la nación! No todo se arregla á tiros.

Mi respetable interlocutor no me entendía, y me repuso vivamente con una incoherencia no exenta de lógica afectiva: —Mira, todo lo que dices son pampelinas. Yo

recuerdo el primer zapatero que se atrevió á gastar capa, porque entonces ya sabes que los artesanos no eran personas como hoy... Bueno: pues en el entierro de dicho zapatero se empeñó el cura en variar el itinerario y se armó la gorda; el cadáver fué por un lado y el cura perdiendo los talones por otro. Entonces no teníamos frailes, no se consentían. Si los exclaustrosados se hubiesen atrevido á salir á la calle con sus hábitos, lo hubieran pasado mal. Y después de la desamortización y después de la exclaustración, los frailes que no pude ver de joven los veo ahora de viejo, como una plaga, pulular por todas partes, verdes, amarillos, blancos, negros, azules, pardos, llegar sin un céntimo y al poco tiempo, á fuerza de pobreza, levantar monumentos insolentes, acaparar la enseñanza, invadir y monopolizar las industrias y oficios, sociedades y Bancos, agenciarse herencias y dominar los hogares donde personajes y señores que blasonan de liberales no son más que dominguillos suyos. Hoy no hay riñones; el país está dominado por faldas de frailes y mujeres. Ya no hay hombres. Sólo quedamos los viejos, los que no consentimos nunca lo que vosotros toleráis.

—Y bien; todo eso será verdad, repuse. Pero á pesar de los liberales que tenemos, á pesar de los frailes, no obstante la tiranía y el servilismo de que se queja, lo cierto es que los cementerios civiles, inexistentes ó vacíos en los buenos tiempos de usted, se van llenando. Ustedes con todo su morrión eran buenos católicos, unos diablos buenos que iban á la revolución á la salida de misa. Hoy los templos se quedan desiertos, la religión ha muerto, y sólo queda, como previó Carlyle, una máscara vacía con horribles simulacros de vida. Por ser usted de los pocos ateos de entonces, recuerdo yo, que aun soy joven, el horror, el odio, la persecución de que se les hacía víctimas. Las gentes del pueblo se espantaban de ustedes como de los apesadosos. ¡¡Es un masón!!! se decía poniendo en la pronunciación de la palabra *masón* la quintaesencia de todos los rencores, de todos los fanatismos, de todos los desprecios. Puedo señalar las casas que durante largo tiempo no pudieron tener cristales en sus vidrieras por habitar allí algún lector de Chies ó de De mófilo; aún veo, con entornar los ojos, las corridas que los niños católicos daban á un fotógrafo protestante y percibo completamente á aquél infeliz montado en el primer velocípedo que se vió en mi pueblo, huir de las pellas de barro, de las piedras, de los cristianos dicterios con que la turba fanatizada obsequiaba á aquel buen hombre que no encontraba tienda donde comprar, ni casa donde habitar ni gente á quien retratar—y no había otro fotógrafo—ni casi gente con quien hablar, salvo la media docena de terríficos masones á quienes la plebe religiosa insultaba á coro.

Y hoy, si la clerecía, en los casos en que la ley puede ser burlada ó los funcionarios públicos sometidos, atenta contra la libertad de pensamiento, ya lo ve usted, ello no impide que el cementerio civil de León se llene y haya que ir pensando en su ampliación, realizándose así la profecía de un conocido catedrático leonés, cuando dijo llegaría un tiempo en que el pequeño cementerio sería el mayor si antes no se secularizaba la ciudad de los muertos, pues no había motivo para separar en muerte á los que en vida habían podido juntarse, y

eso que por debajo de las paredes y artificios puestos por los hombres, la naturaleza más piadosa, envolvía á todos en una misma tierra y los hermanaba con la misma podredumbre.

El viejo caminaba meditabundo, pensando acaso en la proximidad de su último viaje. Yo añadí para romper el triste silencio:—Sí, señor, convénzase usted; el mundo marcha. Quedan aún muchos prejuicios, muchos miedos de ultratumba por desarraigar: mandan todavía los influjos ancestrales y la lógica afectiva, casi fisiológica, *inconsciente*, se impone con frecuencia á la lógica racional consciente; pero ya los jóvenes españoles, en lugar de apedrear protestantes y *masones* vamos formando nuestra lógica mística con la filosofía poética de un viejo joven, Rafael Torromé, confutador de Jorge Manrique; y para que no se encje con la juventud actual, le recitaré los versos que con la frase de Meabe repasaba yo *in mente* en el acto de la inhumación como un response al eterno ausente:

Ningún sér desaparece;
todo cambia y se transforma
sin medida.

La materia no perece
y la muerte es una forma
de la vida.

Piensa que antes de vivir,
piensa que antes de nacer
no has vivido,
y por lo tanto al morir
vendrás otra vez á ser
lo que has sido.

Y si muerto te has hallado
¿qué importa que luego mueras
de algún modo?

Vuelve á al mismo estado,
y vendrás á ser lo que eras
¡y eso es todo!

Llevo dentro de mí mismo
un cielo resplandeciente
donde voy.

Y ni aún tengo el egoísmo
de que sea permanente
lo que soy.

Que yo encuentro en mi conciencia
fuente tan benigna y pura
de consuelos,
que hallo hermosa la existencia
y no sueño en la ventura
de los cielos.

.....
Llegábamos á la calle Ancha. Una de las lágrimas de mi proveccto amigo había logrado deslizarse por la arrugada mejilla. Al despedirnos, y con voz firme, me dijo: —No te olvides de recitarme el response cuando me lleven allá.

—Palabra.

EL HOMBRE QUE SONRÍE

La Democracia, León.

Si vuelvo por aquí...

No sé cómo se las arreglan los ministros del Señor para convertir en sustancia todo lo que en España ocurre: los bienes y los males: las alegrías y las tristezas. ¿Muere Canalejas? Pues sufragios á tutiplén.

¿Perecen en Bilbao unas cuantas docenas de niños y mujeres? Pues ídem.

¿Hace falta agua? Pues rogativas.

¿No llueve? Pues ídem de lienzo.

¿Perecen soldados en el Rif? Sufragios por su alma.

¿Triunfa en algún combate? Te Deums en acción de gracias.

Y todo, claro es, por cuanto vos contribuísteis.

Es una profesión la de intermediario entre el Cielo y la Tierra, que no tiene quiebra ninguna. Quienes la ejercen van siempre á las de ganar; nunca á las de perder.

No; lo que es como yo vuelva en otra hornada por este planeta, cura y sólo cura ha de ser. Y si por cualquiera circunstancia imprevista no pudiera, sería por lo menos fraile. Y si ni esto tampoco...

¿Pero qué estoy diciendo? Para fraile cualquiera sirve.

Conque lo dicho: ó cura ó fraile. El caso es ser algo de Iglesia.

Son los únicos seres que no tienen quebraderos de cabeza para agenciarse los grabeles, ni otras inquietudes que las domésticas, salvo cuando algunos descazados promueven un jaleito como el de Barcelona en 1909.

Pero aparte que eso ocurre muy de tarde en tarde, y siempre es más el ruido que las nueces, hasta con esas catástrofes fugaces sale ganando la gente de Iglesia.

Casi todos los conventos chamuscados en la Ciudad Condal han sido reedificados y con una magnificencia soberbia. Lo cual prueba que...

Que seré fraile si vuelvo por acá, á menos que no me traiga otra vez las ideas absurdas que me han impedido serlo a tora, acerca de la misión del hombre en la tierra, de la dignidad personal y otras estupideces parecidas.

Pues en este caso, incurriría en la memez de reanudar la publicación de EL MOTIN (segunda época); y eche usted denuncias, multas, procesos, condenas, persecuciones de varias clases y demás sinsabores anejos al oficio de periodista implo.

Aunque no; ya procuraré venirme con ideas contrarias á las que tengo; y, en último caso, y si todos los caminos de la Iglesia se me cerrasen, no me faltaría un rincón en un periódico clerical donde prostituirme como hombre y como patriota.

El Dios bueno que alimenta, según dicen todos los que comen á diario, los pajarillos del campo, no habría de faltarme si la necesidad me obligara á vivir entre sapos.

Más creo que hago mal en preocuparme de lo que me ocurrirá al volver, no teniendo aún asegurada la vuelta.

Querella contra Ruiz Jiménez

Sr. Director de EL MOTIN.

Muy estimado señor mío y amigo:

He demandado en acto de conciliación á D. Joaquín Ruiz Jiménez, para querellarle criminalmente contra éste por haber dicho en la Prensa, entre otras cosas análogas, que «los Tribunales ofrecen una resis-

»tencia sistemática á perseguir á los que ofenden, insultan ó injurian, y... en Madrid mismo se niega todo auxilio de justicia á los que se ven injuriados y calumniados por escritos dirigidos á su autoridad en el ejercicio de sus funciones... según quien sea el ofensor... añadiendo que «en un escrito oficial HIZO SABER (!) que el Marqués de Zafra le había injuriado y calumniado gravemente, con motivo de las obras de la plaza de Canalejas, y fué inútil que lo denunciase, y hasta que visitara al Presidente del Supremo para ocuparse de este asunto. La sentencia ha sido absolutoria.»

Entendí siempre que al interponer—movido sólo por mi amor á Madrid y cumpliendo un deber de ciudadanía—mi recurso de alzada contra los acuerdos del Ayuntamiento que dispusieron hacer una pequeña Plaza en las Cuatro Calles (imposibilitando la prolongación recta de la calle de Sevilla, tan necesaria para el medio Madrid del Sur, acordada por Reales disposiciones FIRMES y por razón de la cual se dió al trozo de dicha calle actualmente abierto la latitud que tiene), no pude cometer delito alguno. Tanto menos cuanto que extremé mi consideración al señor Ruiz Jiménez, puesto que no le nombré una sola vez en el recurso y no censuré en él acto alguno de la Alcaldía, limitándome á exponer á la Superioridad competente, por el recurso que la ley otorga, lo que estimé preciso para demostrar la ilegalidad de los acuerdos recurridos, á fin de que se decretase su nulidad ó revocación y se exigiera la grave responsabilidad en que á mi ver se incurrió.

El liberalísimo Sr. Ruiz Jiménez (que llamó en la Prensa *desacatos á su autoridad* al uso—sin que dicho Sr. Ruiz Jiménez estuviera presente, ni se le dirigiera escrito alguno—de los medios que se estimaron legales para no pagar el inquilinato, quizás abusivamente exigido), pretende que *sus afirmaciones*, desde el momento en que *las hace saber* bastan para que se persiga *desde luego*, como *desacato*, calumnia ó injuria, *las alegaciones, hechas sólo para ante el superior* contra los acuerdos del Ayuntamiento, que *no es autoridad*, y que tan frecuentemente infringe las leyes, obligando á interponer recursos.

Pero ni los estudiantes de derecho ignoran que los Alcaldes carecen de toda competencia para hacer tales afirmaciones; que para que pueda existir desacato son necesarios la presencia de la autoridad desacatada ó un escrito insultante á ella dirigido (artículo 266 del Código penal); y que sólo la autoridad competente para decidir una alzada tiene la facultad de apreciar la pertinencia, el valor y la calidad de los fundamentos en que aquella se basa (que pudieran hasta motivar el procesamiento de la autoridad ó corporación *d quo*): por lo que contra dichos fundamentos no cabe procedimiento alguno sin que previamente se haya resuelto el recurso y concedido la licencia que el artículo 482 del Código penal exige para perseguir las alegaciones hechas en juicio, sea judicial ó administrativo.

Cuando el Sr. Ruiz Jiménez denunció mi recurso, no sólo «HIZO SABER» (!) que yo había cometido nada menos que los delitos de injuria, calumnia y desacato contra su autoridad, sino que dió lugar á que casi todos los periódicos dijeran otras cosas también sin fundamento: v. g. «que el Marqués de Zafra tiene la monomanía de amargar la existencia á los Alcaldes». (Los señores Aguilera, Santo Mauro, etc. pueden

decir que nunca tuve para ellos, como para todos los Alcaldes buenos, más que elogios); que yo *dirigí al Sr. Ruiz Jiménez* «una carta llena de cosas gordas», carta que NUNCA existió; que *es necesario hacer que resplandezca la honradez por encima de la calumnia*; que el Sr. Ruiz Jiménez remitió al Fiscal la carta mía (que nunca existió) porque «los conceptos en ella vertidos encierran ofensa para su persona» etc.

Llevé entonces mi respeto á la autoridad del Alcalde y á la de los Tribunales hasta el extremo de no pedir ni aún la rectificación de tan grandes inexactitudes, confiando en que los Tribunales habían de dar la razón á quien la tuviese (apesar de la influencia notoria del Sr. Ruiz Jiménez, incomparable con la ninguna mía), y que todos acataríamos su fallo.

Pero hoy, viendo cómo trata el Sr. Ruiz Jiménez á los Tribunales por haber hecho justicia; que se permite aún llamarme ofensor; que viene á decir que *sino se declaró que delinquí fui por mi calidad*; que *mantiene que le he injuriado, calumniado y desacatado gravemente*, y que supone que la *reolución absolutoria es injusta*, creo necesario, para que mi reputación no sufra detrimento, someter el asunto á los Tribunales.

En los que tengo tanta confianza, como desconfianza tiene, por lo visto, el Sr. Ruiz Jiménez, puesto que, además de dirigirles acres censuras, confiesa que visitó al Presidente del Tribunal Supremo (y, según de público se dice, á otros funcionarios de la administración de justicia) para ocuparse de este asunto.

Lo que no sólo me parece grandemente censurable, porque la denuncia de una autoridad basta notoriamente para que se le reconozca la razón cuando la tiene, sino encaminado á torcer caciquilmente la justicia, convirtiendo á los Tribunales en instrumento para amordazar á quien se ha limitado á ejercer un derecho y cumplir el deber correlativo de ciudadanía, que las leyes otorgan é imponen; á mi ver con el fin de que no se descubriese la verdad en el asunto de las Cuatro-calles, que, á virtud de lo que pusieron de manifiesto mis recursos, espero que llegará á ser célebre por las manifestas y numerosas infracciones legales á mi ver cometidas; por los grandes é indebidos provechos para los beneficiados que me parece haber demostrado plenamente, y por los enormes perjuicios que estimo se ocasionan á Madrid.

¿Y quien da ocasión á que se pueda pensar ó decir lo expuesto, pretende ser nombrado en breve Ministro de Gracia y Justicia! Afortunadamente el Conde de Romanones, con su buen sentido político, no lo hará.

De todo lo dicho se desprende, en mi opinión, que hasta en Madrid hay políticos que aspiran á que por temor á sus censuras, los más altos Tribunales, incluso el Supremo (que son nuestras garantías para la verdad y la razón) sean ciegos instrumentos, amparadores de sus ilegalidades y concupiscencias.

Los periódicos dijeron cuando el señor Ruiz Jiménez me denunció, que *no me faltaría el apoyo de la Prensa para hacer las sobre el asunto*.

Por ello ruego á usted y espero, se sirva publicar esta carta en el semanario que tan bien dirige.

Y queda de usted afectísimo s. s.

q. s. m. b.

EL MARQUES DE ZAFRA

28 Diciembre 1912.

Glorias del carlismo

Se ha puesto á la venta la primera de estas Hojitas, representando la lámina el fusilamiento de prisioneros de la columna Nouvilas en el cementerio de Llayers, el 17 de Julio de 1874.

Precio del centenar de Hojitas: 50 céntimos.

La epidemia del vínculo

Cooperativa de matrimonios.—Los frailes metidos á casamenteros.

Los clérigos del Ecuador han resuelto meterse á casamenteros en cumplimiento de aquel mandato que dice: «creced y multiplicaos.»

Véanse los Estatutos que han lanzado en Quito los Padres Salesianos:

«Artículo 1.º La Cooperativa de Matrimonios tiene por objeto proporcionar un modesto capital á los hombres y á las mujeres, al tiempo de contraer matrimonio, bajo las condiciones que siguen:

Art. 2.º La Sociedad estará ubicada en Quito y habrá sucursales en las capitales de Provincia, cuando sea posible.

Art. 3.º Son miembros de la Cooperativa los hombres y las mujeres que, con la cuota mensual que dan, cooperan para formar su capital propio y el de los demás socios, con el fin de sostener los deberes del matrimonio, siquiera sea por algún tiempo. Los padres podrán pagar las cuotas por sus niños ó niñas, y serán sus representantes naturales y legales en la Cooperativa.

Art. 4.º Los socios pueden ser de primera, segunda ó de tercera clase, según den la pensión mensual correspondiente, de diez, de cinco y de dos reales mensuales durante diez años.

Art. 5.º Los socios de primera clase recibirán un capital de trescientos sucres, los de segunda clase, el de ciento cincuenta sucres, y los de tercera clase el de cien sucres. Las socias recibirán el aumento de diez por ciento sobre su respectivo capital.

Art. 6.º Pasados los diez años de haber pagado la pensión, no se volverá á dar ninguna mensualidad; pero tampoco se recibirá la cantidad mientras no se hubiese contraído matrimonio. Si alguno se casare antes de los diez años, la Cooperativa le devolverá las cuotas consignadas.

Art. 7.º Si al tiempo de recibir el capital, se probare que un socio es de mala conducta moral, ó de la usura, no recibirá el capital indicado en el art. 5.º, sino solamente sus pensiones acumuladas.

Art. 8.º Aunque no contraigan matrimonio, recibirán el capital del art. 5.º: 1.º, los que abracen el estado eclesiástico; 2.º, los que abracen al estado religioso y 3.º los que cinco años antes hubiesen completado sus pensiones, ó sea quince años después de haber pagado la primera cuota.

Art. 9.º Si un socio muriese antes de contraer matrimonio, los herederos reci-

birán solamente las pensiones acumuladas, aunque sea durante los diez años.

Artículo 10. El socio que, durante dos años consecutivos dejare de pagar las cuotas, perderá las que hubiese pagado antes.»

**

En otras partes se premia la fecundidad, y á la madre que rebasa cierto número de hijos, se le otorga una recompensa: en una nación de esta América del Sur, el séptimo ó noveno hijos de una pareja tiene el privilegio de ser ahijado del Presidente de la República por derecho propio.

¿Por qué no premiar de igual manera á quienes tanto se interesan por la población rápida del país, sin tomar en cuenta sus esfuerzos individuales? Puede declararse á los Salesianos beneméritos de la paternidad y la maternidad ecuatorianas, progenitores tácitos de todos los expósitos.

Gil Blas.

Colombia.

Fijense bien los lectores de EL MOTIN en los diez artículos, y verán que se reducen á dos:

A manejar dinero ajeno durante diez años, y á que larse con casi todo después.

¡Y ande el movimiento! ¡Y viva la imbecilidad humana! ¡Y todos somos hijos de Dios y herederos de su gloria!

OCURRENCIAS

El escepticismo en lo religioso es un inofensivo corolario de las tendencias materialistas que profesan las ciencias modernas. El escepticismo moral es el gran cáncer de la época, porque es el padre de la esterilidad intelectual, como también de ese anhelo de goces sensuales nunca satisfecho, y á la vez de aquel *minimum* de honradez que impone el Código pena.

El hombre es un mamífero bímalo, pentadáctilo, plantigrado, omnívoro, que se distingue de los demás animales principalmente por su maledicencia y por la peculiaridad de que en los pesares del amigo, del bienhechor y del acreedor, encuentra la fuente de sus goces más puros.

La obra artística que no descubre sus bellezas á la primera tentativa de conocerlas, será todo lo que se quiera, pero no es arte. Cuando hay que acostumbrar el oído á una composición musical para hallarle una emoción grata, es señal de que no la tiene. La poesía cuyo sentido no está á la vista, que es menester volver á leer una ó más veces para comprenderla, no es poesía, es una imitación de macanas.

Los principios morales sólo pueden considerarse como absolutos en el campo ideal de la especulación filosófica; en el terreno de la práctica, aplicados á los problemas de la vida, son meramente relativos. Una es la moral del individuo, otra es la de una colectividad; la moral del austero y adusto puritano es otra cosa muy distinta de la del jesuita, y lo que á los pueblos asiáticos y africanos les parece de la más estricta moralidad, se considera grandemente inmoral entre los pueblos de la civilización europea, como la poligamia, por ejemplo. El individuo, miembro de una sociedad culta, no puede

ni robar ni matar; como soldado y patriota puede hacer ambas cosas, y se cubre de honor haciéndolas. El puritano quiere que se practique una moral que está en pugna con la fragilidad humana, y es superior á la suma de virtudes de que puede ser capaz un hombre; al paso que el jesuita es esencialmente acomodaticio, y considera buenos todos los medios que le permitan conseguir un fin dado. *Et sic de ceteris.*

Fuera de los alcances del Código penal no existen más fuentes para la creación rápida de una fortuna que la especulación, la lotería y la usura. Para que sea fructífera la primera de estas fuentes, se ha menester de audacia, pocos escrúpulos y suerte, más que de talentos combinatorios: la lotería no exige más que suerte y una estupidez á toda prueba; y la usura un pequeño capital inicial, reunido de cualquier modo, y una gran dosis de desvergüenza.

Los diez mandamientos suelen reducirse en la práctica de la vida, á uno solo: *Haz lo que quieras, pero no te dejes sorprender.*

Entre el caballero y el truhán hay la diferencia de que el primero confía en la honradez del segundo, mientras que éste no confía en la de aquél, porque cree á todos de la misma estofa que la suya.

Los pobres de espíritu han menester de gestos solemnes, ademanes majestuosos y reserva en el hablar, para encubrir su indigencia intelectual.

FRANCISCO LATZINA

(Director general de Estadística de la República Argentina).

Biblioteca de la Inquisición

Almanaque de la Inquisición.

El Santo Oficio.

Los Autos de Fe.

Quema de brujas en Logroño.

Carne ultrajada y quemada.

Despojo, infamia y hoguera.

Auto general de Fe celebrado en Madrid en 1680.

Ahorcados, quemados y robados.

A PESETA cada tomo.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODO

POR

R. H. de Ibarreta

UNA PESETA

CIENCIA Y RELIGION

Por Malvert

85 grabados.—Precio, 1 peseta.

ARTÍCULOS FIAMBRES

Advertencia previa (1)

Conozco los días sin pan y las noches con frío; sé á lo que sabe casi todo lo selecto, y he paladeado las angustias del mañana inseguro; y, no obstante, pudiendo haber subido, me he quedado abajo.

Colocado en la línea divisoria del bienestar y la pobreza, sólo de mí dependía inclinarme al uno ó á la otra, y he preferido vivir, mentalmente, en el primero; materialmente, en la segunda.

Un día el marqués de Santa Marta, que me quiso tanto como yo á él, mucho, me llamó pródigo por no recuerdo qué detalle, y le contesté:

—«Voy á decirle á usted lo que he supuesto para explicarme esta contradicción entre mis arranques y mis medios. Un emperador debió pasar por Sevilla y prendarse de una de mis abuelas lejanas, que indudablemente sería tan hermosa como ligera de cascos. Se distraerían los dos, y por la teoría del salto atrás yo me parezco á mi abuelo de contrabando en lo fastuoso, sin medios para imitarle sino á ratos. Mi venerable abuela me perdonará esta suposición que, bien mirado, la honra. Rendirse á un emperador acusaría distinción y gusto aristocrático; lo contrario que si se hubiera rendido á un lacayo.»

A Santa Marta le hizo mucha gracia la explicación, y yo continué, por mi inteligencia, mirando hacia arriba; por mi corazón, quieto abajo. Y esto hallándome convencido de que las situaciones intermedias son falsas.

Dije antes que sólo de mí ha dependido variar de condición social, y voy á demostrarlo con un hecho, entre varios que citar pudiera.

El año 1877 fui solicitado para ingresar en la monarquía. Llegó Campoamor á mi casa y me dijo: «Romero Robledo quiere rodearse de hombres que valgan. Véngase usted con nosotros. Ya sé que es usted republicano y demagogo. Esto no importa. Yo soy más demagogo que usted. Pero... hay que vivir. La restauración, por poco que dure, ha de durar veinte años. En este tiempo hace usted carrera política y dinero; y si después siente deseos de reingresar en el republicanismo, sus correligionarios lo recibirán con los brazos abiertos. No sea usted tonto. Véngase».

Si otro que aquel hombre adorable me habla así, acaso habría yo montado en Rocinante y requerido la lanza. Con él no era posible.

Y el caso es que pude apostatar sin que nadie se enterara: apenas se me conocía en política. Sólo un hombre estaba al tanto de cómo pensaba yo, pero no me atreví siquiera á consultarle, por miedo: era el único á quien temía y respetaba entonces y á quien he continuado

temiendo y respetando. ¿Que quien era? El autor de estas líneas.

Por aquellos días fueron solicitados varios escritores notables, entre ellos Eugenio Sellés y Andrés Mellado; estos dos se respetaron también á sí propios. Mas tarde, arrepentidos, ingresaron en la Monarquía, y hace muchos años ya que nadie recuerda su republicanismo. Creo que ni ellos. Igual me hubiera pasado á mí.

Al evocar ahora estos incidentes, desvanecidos allá en brumosas lejanías, sospecho si obré de aquella manera, no sólo por convicción, sino también por orgullo. Sí; ante los apetitos desordenados de los conservadores, las cobardías de todas clases de los revolucionarios, la resignación vergonzosa de los republicanos; ante aquel conjunto de reptiles agitando en el pantano del medro; ante aquel rebajamiento de caracteres, aquel ansia por enriquecerse, aquel delirio por prostituirse, entrébase en deseos de protestar para sentirse uno satisfecho de sí mismo, dando al par ejemplo de virilidad y entereza. Y yo, sin desconocer que la indignación impotente y el sacrificio inútil resultan casi siempre ridículos, senté plaza en aquel ejército de cuatro reclutas, y me conduje cual si realmente fuera numeroso y estuviese organizado.

No hacer en las épocas de corrupción y decadencia lo que la mayoría, ¿hay algo que más satisfaga? Desplegar al viento la bandera vencida frente á la victoriosa, ¿hay nada más grande? Escupir la saliva de la cólera justiciera sobre el éxito, ¿no vale más que el éxito mismo?

Así pensaba yo por aquél entonces, y aunque me ruborice al confesarlo, así pienso todavía. Hay cerebros en que se petrifican ciertas ideas, y el mío ¡ay! es uno de ellos. Bien mirado, no debería crearme hombre progresivo.

¡Y luego, la pícara vanidad!... Aunque pequeña y femenina esa pasión, pocos hombres nos sustraemos a ella: ni los orgullosos. ¡Anima, conforta y fortalece tanto el verse aplaudido por la actitud adoptada! ¡Se considera uno tan bien pagado cuando alguno de los que no perseveraron le manifiesta en alguna forma su simpatía!

Y el caso es que ni el tiempo, ni las contrariedades, ni los desencantos logran despertar á los sonámbulos del orgullo. Referiré á este propósito, y sonriéndome, un hecho ocurrido ayer, como quien dice: en 1901.

Una señorita muy ilustrada quiso tener una tarjeta firmada por Julio Burell y me eligió por intermediario; le escribí pidiéndosela; él entendió que era para mí, y me la envió por el correo interior. Me decía:

«Viejo Pigmalión, aún sigue usted esperando el divino estremecimiento de Galatea.

»Los que no hemos sido bastante fuertes para imitarle, nos rendimos dos veces á la belleza moral de su actitud: una con la admiración fervorosa; otra con el remordimiento...»

No calculo lo grande que podrá ser la emoción de los aficionados á títulos nobiliarios, cuando reciban el real despacho concediéndoles el que apetecían; mas de seguro que es inferior á la sentida por mí al leer la tarjeta aquella; por ser de quien era y por lo que decía. Y por merecerla. Estuve un instante por admirar á quienes hacen una vida de penitencia con la esperanza de ganar el cielo.

¿Que á qué ha venido toda esta charla? Pues... la verdad... no caigo ahora... He ido escribiendo cuanto se me ocurría sin cuidarme del tema ni del enlace, y... Mas ¡ah!... ya di con ello.

A enterar á los que lean este libro, de que todo lo que va en él ha sido visto por mí unas veces, oído otras, leído algunas y sentido todas, por haber tenido el raro capricho ó la necia manía de permanecer siempre en la línea divisoria que separa el bienestar de la pobreza.

Con que ya lo saben: éste es un libro vivido, como se dice ahora.

¡Hombres! ¡hombres!

Hay en política axiomas que pasan por incontrovertibles; uno de ellos el de que las ideas lo son todo y los hombres nada.

Yo creo, por el contrario, que de una idea mediana pueden sacarse grandes bienes cuando la desarrollan y la aplican hombres de rectos propósitos y gran inteligencia, y que una inmejorable puede no servir para nada si se encomienda su aplicación á hombres ineptos, por más que sean honrados y virtuosos hasta merecer la bienaventuranza eterna.

Entréguese á un profano el instrumento de física más perfeccionado ó el Estradivarius más maravilloso. Por estar en manos de ellos no dejarán de ser lo que son, y, sin embargo, para nada servirán. Póngase en cambio un violín regular en manos de un buen músico, ó un instrumento deficiente en manos de un consumado mecánico, y éste lo hará funcionar á maravilla y aquél sacará melodías deliciosas.

Igual ocurre con las ideas; y al que lo dude, habría que preguntarle cómo, siendo indiscutible la bondad de la republicana, habiéndole las circunstancias favorecido y contando con tantos adeptos, no ha podido imponerse en los últimos veinte años.

No; las ideas no lo son todo y los hombres nada; esta creencia nos ha impedido fijarnos en que los que estaban al frente de las fracciones republicanas carecían de las condiciones necesarias para hacer triunfar la república.

Y cuando alguien, yo, ha querido poner de manifiesto sus deficiencias, millares de voces se han alzado para gritarme en todos los tonos: «¡Nada de personalidades! ¡Combátanse las ideas, no los hombres!», otra vulgaridad de á folio, pues no se concibe que en ningún terreno, pero en el democrático menos, sea permitido poner en las nubes al hombre político por

(1) Puesta al comienzo de mi libro, *Cuarenta años de miseria*.

sus actos loables y no lo sea combatirle por los merecedores de censura. O el mérito es exclusivamente de las ideas, ó es suyo en parte. En el primer caso, ¿por que elogiarlos cuando aciertan? Y en el segundo, ¿cómo no atacarlos cuando se equivocan?

«¡Hombres! ¡hombres!» —exclamaba yo hace años ue un artículo que no me valió aplausos. Y «¡hombres, hombres!» —exclamo ahora, dirigiendo en vano mi mirada á todas partes, y desconfiando ya de que las ideas, por su sola virtualidad, sirvan para imponerse en el momento oportuno.

Hombres, sí; que de nada sirve que el licor sea bueno, si la vasija que lo contiene no reúne las condiciones indispensables para conservarlo y mejorarlo.

1894.

La herencia del héroe

Terminó el combate, rudo y tenaz como sostenido entre hermanos, y el silencio más absoluto reina en la manigua. Cuando la columna pase lista, se echará de menos al soldado que queda tendido junto al tronco de colosal manigua.

Cinco años há que lucha en Cuba sin que el hambre, la sed ni la fiebre abatan su energía, y sin aspirar á más recompensa, después de salvar la integridad de su patria, que la de atender con su trabajo á las necesidades de su madre anciana y desvalida.

Alguna vez ha cído hablar vagamente de españoles que medraban con la sangre de sus hermanos y traficaban con su vida, mas no entendió aquel lenguaje: la palabra español significó siempre para él desinterés, valor y moralidad.

El balazo que le ha destrozado el cráneo acaba con sus esperanzas. ¡Adiós las emociones de aquel día venturoso, tanto tiempo deseado, en que desembarcase en su idolatrada España, pálido, demacrado, cubierto de harapos, pero lleno de gloria, y atravesara las calles de las poblaciones aclamado por héroe y bendecido por honrado!

¡Adiós la alegría de ver á lo lejos alzarse el campanario de su aldea, pareciéndole que huía cuando él avanzaba, y reconocer el poyo de tosca piedra donde alguna vez descansó al volver del trabajo, y divisar el árbol que le dió sombra en las siestas del estío!

Y al tocar las tapias del pueblo, reconocer rostros amigos que pronunciaban admirados su nombre; y al llegar sudoroso y palpitante á una casita pequeña, arrojarle en brazos de una mujer, su madre, que le aguarda todos los días con la tenacidad de los amores infinitos; y al apretarla fuertemente contra su corazón, comérsela á besos y sollozar con voluptuosa angustia...

Y adiós por último todos los sueños dulces, desde su madre feliz hasta una esposa amada y un hijo inocente; desde la satisfacción del deber cumplido hasta

el orgullo del aprecio alcanzado... Adiós todo, pues que la vida se le acaba por instantes.

Llega la agonía, y el ángel de la tristeza bate sus negras alas sobre su frente. Solo, desamparado, allí, bajo la bóveda de verdura formada por los retorcidos brazos de las lianas, el infeliz soldado siente enfriarse poco á poco su cuerpo, debilitarse su mirada, apagarse su aliento, confundirse sus ideas...

Y cuando ya apenas le resta un soplo de vida y casi no palpita su corazón, ilumínase su rostro con leve sonrisa y dulce lágrima brota de sus párpados amoratados, lágrima que va á perderse en el río de sangre que sale de su frente...

Es que piensa noble y tierno pensamiento!, en que su muerte encenderá por algún tiempo el hogar de la anciana que en su aldea tiritaba de frío y le aguarda todos los días con la tenacidad de los amores infinitos...

¡Pobre soldado! ¡Qué desesperación la suya si al morir hubiera sospechado que 20.000 familias reclamarían en vano los alcances de hijos, padres ó esposos fallecidos en Cuba; que sus compañeros inutilizados en la guerra empeñarían para comer la licencia donde se relatan las gloriosas hazañas que realizaron juntos, pidiendo después limosna por las calles; y que los que tuvieron la suerte de salir de la campaña útiles para el trabajo, tendrían que emigrar de la patria cuya integridad defendieron, á fin de no entregar al hambre la existencia que las balas y las enfermedades respetaron!

1882

Ganarse la vida

«¡Sálvese el que pueda!» «¡Fuego en la Santa Bárbara!» «¡Socorro!» «¡Al asesino!» «¡Ser pasado por las armas!» y otras palabras y frases por el estilo, paralizan la circulación en las venas de quien las oye, aun cuando su valor traspase los límites del heroísmo; pero ninguna de ellas, con ser terribles todas, encierra hoy una idea tan aterradora como la frase que sirve de epígrafe á este artículo: ¡Ganarse la vida!

Además de luchar con la Naturaleza, tiene el hombre que habárselas con sus semejantes, descendientes de aquellos dos hermanos que ensangrentaron el planeta cuando sólo estaba habitado por tres hombres; y esta lucha, menos cruel en apariencia, supera á cuantas sostiene el salvaje en sus intrincados bosques y sus abruptas montañas, y la supera en proporción á la distancia que media entre la inteligencia y el instinto.

Y si es en España—y aquí entro en materia—las dificultades para ganarse la vida exceden á toda ponderación.

¿A qué puede dedicarse hoy el español que tema enredarse en las mallas del Código penal?

¿A labrador? Los impuestos, los recargos, los apremios y las mil gabelas

que pesan sobre tan honrosa y necesaria profesión, le harán descender á jornalero el día que la Hacienda saque á pública subasta la última yunta de su labor.

¿A ornaler? ¿Quién no sabe que hoy emigran en masa á extraños países, ó mueren en el suyo después de eclipsar la decantada sobriedad de los monjes de la Tebaida, arrancando de los campos cuantos tallos y raíces se prestan á ser comidos?

¿A industrial? Los talleres desiertos, los almacenes llenos por la paralización del tráfico, y la imposibilidad de satisfacer las cuotas al Tesoro, le obligarán á seguir por otro camino.

¿Solicitará un empleo? Aparte la dificultad de alcanzarlo por la competencia establecida entre las dinastías—una por cada partido—de servidores del Estado, los empleos sólo sirven en España para convencerse de la veleidad de la fortuna, que hoy abate lo que ayer elevó.

¿Seguirá la carrera de médico, la de abogado, la de ingeniero? ¿Quién le aconsejará tal disparate, sabiendo que la enfermedad endémica ya en este país, el hambre, no se cura con jarabes ni tisandas; que nadie pleitea porque nadie tiene nada; y que ni por equivocación se construyen puentes, ni caminos, ni canales, ni puertos?

¿Estudiará para sabio, ó para literato. ó para maestro de escuela? ¿Y quién faltará conscientemente á las leyes humanas y divinas que condenan el suicidio?

¿A qué dedicarse, pues?

Si es rico todo aquel que tiene asegurado el día siguiente, ¿cuántos españoles están hoy en condiciones de no inquietarse por el significado de la frase, «ganarse la vida»? Pocos, y de esos acaso ni la mitad tuviera derecho, en estricta justicia, á ese sosiego.

Aterra pensar en las angustias de cada instante y en los esfuerzos de cada hora, malogrados diariamente en España por la necesidad de ganarse la vida, ¿qué ganarse la vida? por prolongarla un corto espacio de tiempo.

Goethe dijo «que sólo era digno de la vida el hombre que luchaba diariamente por conservarla». Admitiendo esa idea, bien podríamos los españoles creernos con derecho á la inmortalidad, pues nadie como nosotros lucha diariamente por conservar la vida, si bien con escasa fortuna casi todos.

1892.

Reorganización

Nos embarcamos para reconquistar la República al mando de tres renombrados capitanes: Pi, Salmerón y Zorrilla.

Las ilusiones corrían parejas con las esperanzas, el entusiasmo con los alientos varoniles; así es que no dudábamos del buen éxito de la expedición.

Ibamos en el buque muchos republicanos, algunos de gran prestigio, esforzados militares y Pueblo dispuesto á todo. ¿Cómo dudar del éxito?

Los capitanes comenzaron á no estar

de acuerdo en el rumbo que debía seguir el buque, y los soldados nos pusimos, unos á la devoción de éste, otros á la de aquél.

Muchas veces hubo que echar el ancla por efecto de esa división. Parado el buque la discordia se acentuaba.

Los militares se disgustaron y poco á poco fueron tomando tierra en las islas de la Monarquía. A las de la Anarquía y el Socialismo se dirigió parte del Pueblo.

Dos ataques se dieron á la Monarquía sin plan, sin unidad, y en ambos fuimos derrotados. Tenía que ser así. Y así fué.

El Pueblo, una vez tomado partido por uno ú otro de los capitanes, entabló entre sí lucha feroz, sin piedad, sin cuartel... Cain se quedó en mantillas.

Gueras civiles ha habido muchas entre los españoles, pero no infecundas como ésta. En la conquista de América los españoles se combatían, pero avanzaban; sobre sus huesos levantaban un mundo para su patria; con su sangre regaban el árbol de la civilización.

Nosotros, en cambio, nos combatimos sin grandeza, sucumbimos sin gloria: sobre nuestros huesos no se levantará más que un farrago ir útil de programas, manifestos, circulares, telegramas de felicitación, *menús* de banquetes... papel, mucho papel; y en vez de sangre, sólo podremos ofrecer al desprecio de las generaciones venideras tinta, mucha tinta...

Y á todo esto el buque sin avanzar una braza, los capitanes cada vez más enconados, y sus partidarios más intranquitos, y anatematizados los que queremos que esta situación acabe. Y devorándonos unos á otros con desesperación de hambrientos, con furia de caníbales...

Los que comenzamos la travesía cantando el himno de la victoria, nos alimentamos ya de los cadáveres de los compañeros.

Esta es la verdadera situación; quien trate de ocultarla, es que procura continuar engañándonos, ya que engañarse él sea imposible.

1887.

¿Patriotas, ó enterradores?

Tiene el poeta alemán Julio Mosen una composición titulada *Los últimos diez*, que se ha hecho popular. Pinta en ella á los *mil* valientes del cuarto regimiento que en Varsovia juraron no disparar un sólo tiro y atacar á la bayoneta. Y habla del combate de Praga en que triunfaron, aunque con grandes pérdidas; y del de Ostrolenka, donde perecieron muchos; y últimamente describe cómo fueron todos cayendo por la salvación de Polonia. Entre sus estrofas hay esta:

Adiós, hermanos, que en la lid rendidos
vimos caer la bando á nuestro lado;
aun vivimos nosotros mal heridos;
La patria ha muerto; así lo quiso el bado.
Dios nos depare fin menos cruel:
no hay más que «diez» del cuarto regimiento.

Lo mismo nos ocurre á los republicanos: vamos cayendo readidos uno á uno,

pero sin lucha, sin gloria, sin hacer nada para que otro poeta pueda cantar en lo porvenir nuestra muerte, inútil á la Humanidad, porque no deja ejemplo ni enseñanza.

Es preciso que esto acabe, y que, al sorprendernos la muerte, tengamos siquiera el consuelo de pensar en que los supervivientes llegarán á la tierra prometida.

El día del entierro de Pedregal, al pasear la mirada por tantos rostros marchitos ya por los estragos del tiempo, al mirar tantas cabezas blancas ya, albergadoras de grandes ideas, sentí honda tristeza, y pensé que en plazo más ó menos corto, muchos de los á li presentes habremos también desaparecido, sin saludar la aurora del nuevo día; y á la vez dediqué un recuerdo á los que fueron. Y me pregunté:

«Es que no servimos ya más que para irnos conduciendo por turno al cementerio? ¿Es que hemos trocado la misión del patriota por el oficio de enterrador? Y en este caso, ¿no deberíamos hacer algo provechoso, enterrando todo lo que vive á costa de la vida de España?»

Lo hecho hasta aquí no ha dado resultado alguno; hagamos algo diferente, entre ello echar á un lado las cosas pequeñas.

Si nuestra divisa desde la restauración acá ha sido esta: «el que no está conmigo, está contra mí»; frase que sólo cabe en la estrechez de los dogmatismos religiosos, sustituyámosla por esta otra: «Todo el que ayude á traer la República está conmigo.»

Triste debe ser la muerte en el extranjero sin aspirar en el postrer aliento un soplo del aire de la patria y oyendo los últimos consuelos en lengua extraña.

Horrible acabar en una cárcel, lejos de los seres queridos y respirando miasmas de suciedad moral y física...

Desesperado el sucumbir en un combate viendo la bandera del regimiento en poder del enemigo...

Pero en el combate, como en la cárcel, como en el destierro, debe sentirse orgulloso de morir el hombre que tiene conciencia de que ha cumplido con su deber, dando su libertad ó su vida por la patria, y dejando á los demás un ejemplo que imitar ó una enseñanza que seguir.

Y esto es menos desesperante, menos vergonzoso y menos triste que envejecer así: viendo á los entierros de los correligionarios, y llegar al trance supremo con el remordimiento de no haber hecho cuanto pudimos por salvar á España de la ruina y la deshonra.

En todo esto pensé en el entierro de Pedregal, retirándome descontento, de mí en primer término, y después de los que, teniendo por su talento, sus servicios ó el puesto que ocupan medios para utilizar en algo grande tantas energías y tantas voluntades como allí se reunieron, se contentan casi con invitarnos á que asistamos al enterramiento de los que sucumben, dando lugar á que, acaso en

plazo muy corto, al ocuparse de nosotros se diga con razón:

«Dejad que los *muerlos* entierren sus muertos.»

Agosto 1896.

Los niños

Ahorrarles una pena, inculcarles una idea, proporcionarles una alegría, ¿puede haber algo más hermoso, más puro, más santo?.. Deberían crearse premios para quienes en estas acciones se distinguieran.

Si los hubiera hoy, yo pediría que se le concediese uno al individuo de la policía que salvó del frío la noche del 14 del actual á las niñas Isabel Majano Herrero, de diez años de edad; María Josefa Díaz, de siete, y Mercedes Rodríguez Garzun, de tres. Encóntrolas dormidas junto á la tapia de uno de los cementerios del Norte y condújolas al Gobierno civil, de donde fueron trasladadas á la cárcel de mujeres por... ¡blasfemas!...

¡Oh madres que tenéis niñas de diez, de siete y de tres años! Cuan lo las beséis al acostarlas, bendicid á ese policía, y al comisario general y al gobernador civil que se desviven por proporcionar albergue cómodo y honrado á las que, hambrientas y desnudas, se amparan de las tapias de los cementerios en una población donde las palabras religión, moral, ley, justicia y humanidad están siempre en boca de los hipócritas y malvados que medran profanándolas.

Y ahora, una pregunta:

¿Qué procedimiento administrativo ó judicial se sigue al notificar á personas de esa edad la detención, á fin de que puedan entablar ante el ministro de la Gobernación el recurso que autoriza la ley provincial? Ninguno. De aquí que resulten esas detenciones, además de inhumanas y crueles, completamente *ilegales*. Y siendo todo eso, ¿cómo no ha habido ya un diputado que con valentía aborde esta cuestión, y cómo la prensa no ha emprendido campaña enérgica contra esa gran iniquidad?

Hágase, y nunca la palabra y la pluma se habrán puesto al servicio de causa más humanitaria ni servido mejor los intereses de la justicia.

1908

LIBRO NUEVO

¡LIBERTAD Y A ELLOS!

El viernes se ha puesto á la venta este libro.

No lo busquen en las librerías, porque SOLO HAY UNA EN TODA ESPAÑA que se atreva á llevar libros de esta casa:

La de Gregorio Pueyo, (Mensonero Romanos, núm. 10.)

Los obispos

por
ROBERTO ROBERT

habernos traído funestísimas consecuencias, pues supuso nada menos que la naturaleza divina y la naturaleza humana del Verbo habían celebrado cierto convenio amistoso para refundirse bajo al apariencia de un simple cuerpo terrenal.

Al oír el mundo católico una suposición tan denigrante para la buena fama de las naturalezas del Verbo, sin dejar de combatir con una mano á Nestorio, comenzó á combatir con la otra á Eutiquio.

En seguida (448) fué éste condenado por un concilio.

En seguida otros obispos pidieron que la causa se volviera á ver en segunda instancia, sin que fuesen oídos los que le habían condenado.

En seguida, á pesar de la opinión del Papa, se reunieron en efecto ciento treinta y cinco obispos, cuya mayoría declaró inocente á Eutiquio y á cuya minoría de oposición se impuso silencio por escandalosa.

En seguida se reunieron otros trescientos sesenta obispos y volvieron á condenar á Eutiquio y depusieron al patriarca de Alejandría, presidente que había sido del concilio que le absolviera.

Y en seguida...

Continuaron los obispos inventando herejías, para que la fe tuviese ocasión de ganar batallas místicas, absolviendo aquí, condenando allí, y dando en fin á la época aquel dulce calorito religioso que tanta falta nos hace hoy día en que nos helamos de indiferencia por todo lo divino

Pero no es solamente el episcopado en el concepto de corporación lo que debe admirarnos.

La historia abunda en obispos que, tomados cada uno de por sí, dan juego bastante, ó valiéndome de una expresión más grave, ofrecen á nuestra consideración mil y mil hechos notables y profundamente digno de ocupar el entendimiento.

Las glorias de la corporación son inagotables: creo que ya lo he dicho; pero no importa, bien puedo repetirlo.

¡Cuando pienso que después de Grimoaldo, á pesar de ser católicos los reyes lombardos, tenían en cada diócesis un obispo ortodoxo y otro hereje, y sin embargo se llevaban éstos tan bien y se sufrían uno á otro con tanta longanimidad, no comiéndose cada uno más que la mitad justa de los diezmos de sus respectivos fieles!...

Por entonces sucedió una cosa bella.

Los habitantes de Sussex no podían con la doctrina católica.

Cuidado que la Era cristiana ya lleva-

ba más de seis siglos de existencia; pero á pesar de su divino origen, sus milagros, sus reliquias sagradas, sus mártires y sus capitales que representaban una cantidad decente, la doctrina católica no había podido penetrar en aquellas cabezas, encalabrinadas con la religión de sus mayores.

El rey Edilwac se había mandado bautizar el año 661; pero los súbditos no se meneaban.

Pues bien, su obispo Wilfrido dió con el medio de hacer penetrar la luz del Evangelio en lo interior de aquella endurcida gente.

El rey regaló al obispo la isla de Salsey y doscientos cincuenta esclavos.

Porque al cabo de seis siglos y medio de redención cristiana, los blancos todavía eran esclavos de los blancos, y era menester que así fuese para que el obispo Wilfrido pudiese hacer lo que hizo.

Y fué lo siguiente: aceptó con buen modo los esclavos, y su primera operación fué convertirlos.

Imagine el lector si sería materia difícil poner las profundas verdades religiosas al alcance de unos esclavos nietos de esclavos en el año 661; pues bien: esto hizo ante todo el obispo.

Y ellos, sin saber leer ni escribir, van y cogen y se hacen católicos, del mismo modo que después D. Eleuterio Crispin de Andorra se hizo poeta.

Cuando el señor obispo les hubo convencido de la Trinidad, de la resurrección de la carne, del purgatorio... no: el purgatorio no estaba inventado todavía: en resumen, después de haberles instruido en las verdades más necesarias para uso de los esclavos, le hizo al demonio la jugareta de bautizarlos.

Y en seguida, acto continuo, proclamando que la religión de Jesucristo no consentía la esclavitud entre hermanos, de esclavos que eran los hizo libres... digo: los hizo siervos.

Imagínese el conjunto de los 350 entusiasmos que gracias al obispo experimentarían aquellos 250 redimidos, y con qué delicia debieron de aprestarse á gozar de las delicias de la servidumbre; tales como hemos procurado darlas á conocer en nuestro segundo capítulo del presente libro.

¿Y paró aquí el resultado? No, sino que viendo por sus propios ojos los otros bárbaros de aquella tierra que, si bien no comprendían las excelencias de los sacramentos, en cambio era patente la ventaja material adquirida por los apóstatas, dejaron los errores de la religión antigua y pidieron á toda prisa bautismo, y al cabo de cinco años ya no quedaba en Sussex un ganapán que no fuese cristiano.

Por aquellos tiempos no dejaba de gozar España de los beneficios de las conversiones, y, como era muy justo, siendo

los obispos los que ponían en la empresa el capital y la industria, á ellos les correspondía la mayor parte de los beneficios.

El arrianismo había sido arrojado lejos de España, y como dice muy bien un autor... ¿uno? todos los autores, poco á poco se iban convirtiendo los obispos en el poder más fuerte del Estado.

(Eso de «poco á poco» no lo dicen todos los autores, y algunos hay que convienen en que sucedió muy deprisa.)

Ello es que teníamos unidad religiosa gloria inmarcesible que aun ahora quería conservarnos el Sr. D. Salustiano Olózaga, derribando por supuesto al mismo tiempo los obstáculos tradicionales.

¡Gloriosa unidad que inspiró las leyes contra los judíos, de que hemos hecho mérito en nuestro primer capítulo, y fué origen del libro XX de la ley de los visigodos relativa á las diferencias religiosas!

«Entonces fué cuando elegido rev Sisenando (631), los nobles solicitaron que se reuniera el concilio IX de Toledo, á fin de que su conducta recibiera la solemne aprobación de los obispos.

Obispos y nobles vivían en tan buena armonía, que aquel concilio declaró que nadie osara ceñirse la corona, si no era elegido ¿por quién? por los nobles y los obispos.

Acierto que no hubieran tenido otros

Apuesto algo á que si los carboneros hubiesen tenido la fuerza material y los barrenderos la epiritual, los barrenderos habrían sido solicitados para formar concilio y habrían declarado que la elección de rey sólo correspondía á barrenderos y carboneros.

«Los grandes del reino y los obispos eran los que componían aquellos concilios...»

¡Ah! si hoy día se conservasen aquellas prácticas, ya tendríamos á estas horas un rey!

Hemos citado, á propósito de *Los Fueros*, algunas de las disposiciones dictadas con necesaria severidad por los obispos contra aquellos enemigos de su religión.

Esto nos hace recordar que en la primera mitad del siglo VIII, un obispo sajón fué hecho prisionero por los mahometanos. Llevarónle aquellos bárbaros á la presencia del emir y éste dijo:

«He visto á muchos hombres de esos que vienen de su tierra y no hacen daño á nadie: ellos sólo se proponen cumplir con su ley.»

Hasta un bárbaro infiel comprendió que los obispos al arrancar los ojos, al descuartizar, al cocer en calderas á los malos, en Nombre de Nuestro Señor Jesucristo, no hacían daño á nadie; ¡y hombres que se tienen por ilustrados y se

(Continuara).

Imp. de Domingo Blanco, Libertad, 51.—Ma